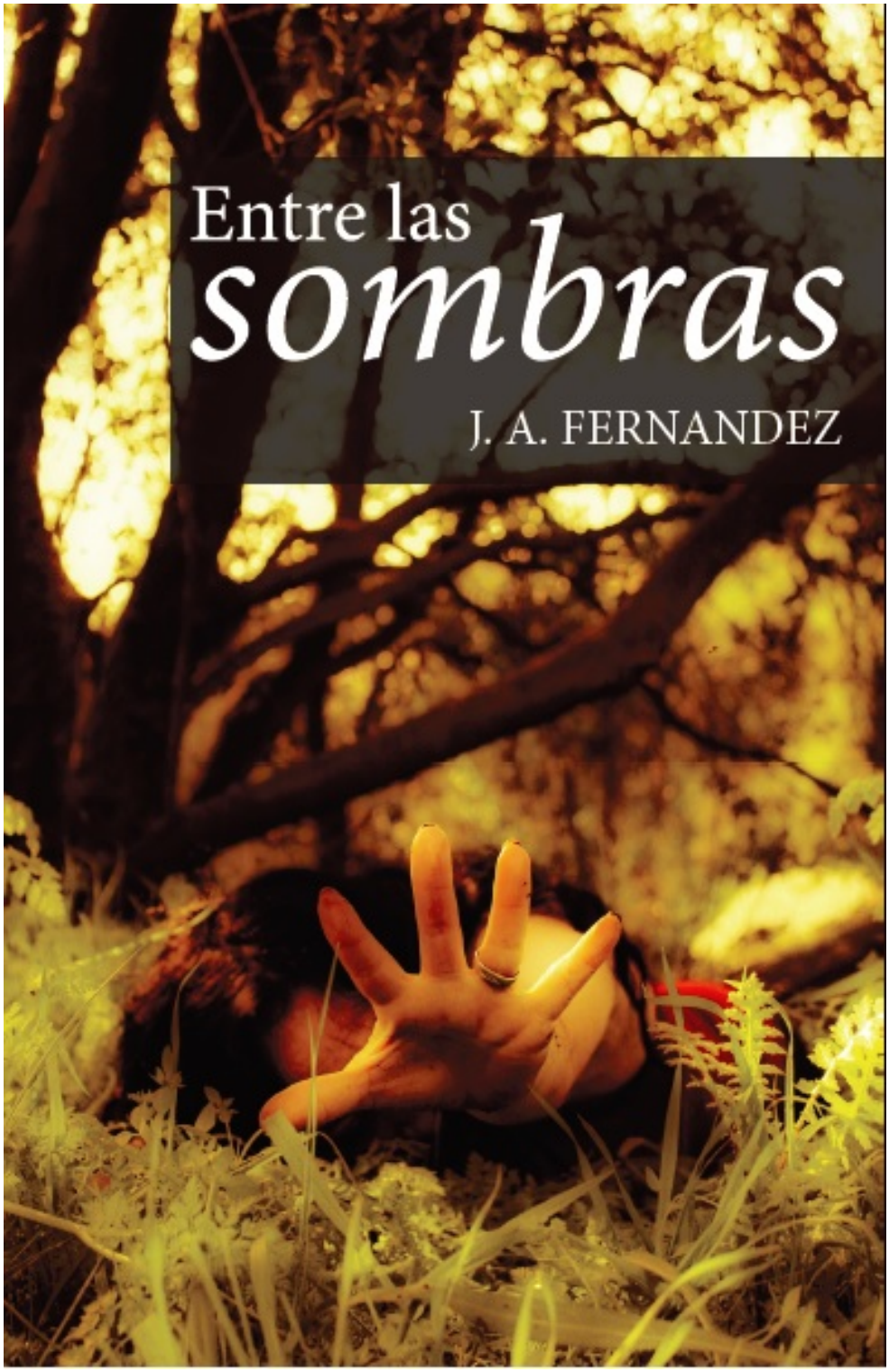
Entre las Sombras (Novela auto publicada en Chile)

J. A. Fernandez



Capítulo 1

Lo Oculto, Octava Región (1990)

Jaime Ponce tenía la certeza que esa tarde podía irse todo al carajo. Podía resultar todo mal, muy mal. Lo sentía en el ambiente. Lo intuía, lo presentía, llámenlo como quieran. Lo cierto era que el misterio que lo había llevado hasta ese pueblo en el sur del país (obsesionándolo día tras día), ya estaba casi resuelto. Sin embargo, el sólo pensar lo cerca que estaba de encontrar lo que tanto buscó (las respuestas que tanto buscó), lo ponía más nervioso que nunca.

Detuvo su caminar un instante. Habían pasado tan sólo unos cinco minutos de marcha, desde que había terminado de hablar con el alcalde, aun así, estaba cansado. Tomó una bocanada de aire.

La cita que había tenido en aquella planicie, con la única persona que sabía más o menos lo que ocurría en aquel pueblo, había sido productiva, extraña pero productiva. Siempre desconfiaría de él. Desde que lo conoció supo que ocultaba algo, pero finalmente le había dado el dato que buscaba. No había tenido más remedio que confiar en él en esos momentos, y lo que más le angustiaba era el tener que haberle entregado a cambio un objeto preciado para él, que lo acompañó en cada investigación que había hecho hasta ahora. Era como una especie de amuleto, testigo de todas sus vivencias. Y ahora lo había entregado a un sujeto que apenas conocía.

(Confía, quizás al final de cuentas, él termine dándole un buen uso)

Un gran relámpago que iluminó todo el terreno lo sacó de sus pensamientos. La lluvia se dejó caer como un diluvio. Decidió enfrentar de una vez por todas la situación. Soltó la respiración y comenzó a trotar bajo la lluvia, directo hasta la cueva en la que se veía obligado a entrar si quería resolver todo este asunto. Sabía que allí se encontraría con lo que buscó por días, aquello siniestro, aquello extraño, aquello que había enfermado a algunas personas, sembrando preocupación entre los habitantes del pueblo.

Si bien no le preocupaba su seguridad, sólo le ponía tenso el pensar en que tal vez jamás volvería a ver a su hermanita. Eran muy unidos.

Segundos después la zona retumbó con un gigantesco trueno que casi le paralizó el corazón. Sentía la boca seca, y las manos congeladas. Mal indicio ya que debía estar atento, y claramente el miedo comenzaba a

invadirlo.

Al llegar a la entrada de la cueva sacó su linterna y alumbró hacia el interior. Su caminar fue pausado, poniendo especial atención a los sonidos. Avanzó hacia el interior intentando iluminar todos los rincones. Sabía que era imposible verlo todo, pero debía al menos abarcar lo más posible.

Un nuevo trueno a la distancia, lo hizo girar hacia el interior de la cueva. Ahora se veía lejos ¿Tanto había caminado?, volteó hacia el interior y prosiguió su camino. Tres minutos más tarde se enfrentó a una decisión que debía tomar: ¿Izquierda o derecha?

La cueva se dividía en dos y claramente su destino dependería del camino que decidiera seguir.

Avanzó por el lado derecho, su instinto lo llevó por ese lugar, o el olor quizás, porque el aroma que emanaba desde allí era intenso, podrido, repulsivo hasta provocarle arcadas. Tenía el mismo olor nauseabundo de aquella alcantarilla en la que unos años atrás intentó meterse para hacerse el héroe frente a su hermana menor. La pequeña había estado jugando toda la mañana en el parque frente a su casa. Él estaba a su cargo, mientras su madre compraba en el supermercado. Su padre se encontraba fuera de Santiago, por trabajo.

Leía un libro, y a ratos alzaba la vista y miraba por el ventanal que daba justo hacia el parque en el que su pequeña hermana jugaba. Desde allí la podía ver perfectamente. Si no hubiese tenido que estudiar esa mañana de domingo, sin duda estaría con ella jugando en vez de estar ahí leyendo y haciendo anotaciones en su cuaderno. Le encantaba hacerla reír. Pero en esos momentos no podía, por eso la había dejado salir un rato. «Donde mis ojos te vean», le había dicho, repitiendo las mismas palabras que su madre le decía cuando él era menor.

Ya llevaba casi una hora y media leyendo sobre ética profesional. Tal vez era bueno un momento de descanso. Cerró el libro y miró a través del ventanal. Su hermanita no estaba. Inmediatamente se levantó de su silla. Un grito lo alarmó y salió de la casa. Su corazón se aceleró. Al mirar hacia un sector, vio a su hermana arrodillada junto a la orilla de la calle. Corrió hacia ella intentando descifrar lo que podría haberle pasado. «Mi mamá me va a matar si algo le ocurre a Camila», pensó.

Al llegar junto a ella vio que su hermana se encontraba bien. Sintió alivio.

— ¿Por qué gritaste?

— Se me cayó «Mono» por aquí.

La pequeña apuntó hacia la rejilla de la alcantarilla. Jaime miró hacia donde señalaba su hermana y vio que tenía un agujero no muy grande por el cual se había caído el pequeño simio blanco de peluche. Camila amaba aquel peluche que le había traído su padre de uno de sus viajes.

— Ayúdame a sacarlo, hermanito.

Jaime sin dudarlo, se tiró sobre el pavimento y miró por entre la rendija. Si bien no vio nada, intentó sacar la rejilla para introducir un poco su cuerpo. El olor era tan desagradable que inmediatamente se arrepintió, pero él, como hermano mayor, no podía mostrarse cobarde frente a su hermana. Le sonrió y volvió a intentarlo, por fin removió la rejilla y entonces sólo le quedaba la parte desagradable. Se comenzó a deslizar lentamente, primero ingresando su cabeza hasta que el llamado de su madre lo salvó.

La reprimenda, segundos después, no le importó mucho, al menos no había tenido que introducirse completamente por la alcantarilla.

Camila en tanto se entristeció, y la única forma de sacarla de ese estado, fue invitarle un helado.

Por la noche, cuando estaban todos dormidos, Jaime volvió al lugar alumbrándose con una linterna. Introdujo medio cuerpo por la alcantarilla y con un palo logró sacar el peluche que había quedado enredado entre unas ramas y alambres. Al volver a casa, lo lavó y lo secó. Después lo dejó apoyado en el velador de su hermana y se fue a dormir.

Un extraño chillido le hizo volver al presente, justo cuando la linterna comenzaba a fallar «Parece el maldito guión de una película».

Dio algunos golpecitos al artefacto hasta que inevitablemente la luz se apagó por completo. Intentó tranquilizarse, concentrándose en su respiración. El silencio del lugar era absoluto, al punto que cualquiera que estuviera con él en esos momentos, habría oído como palpitaba su corazón. Se sentía como en un cuento de Edgar Allan Poe. En cualquier momento su corazón lo delataría.

Lo que vio después frente a él lo dejó perplejo. Dos ojos amarillos lo observaban a cierta distancia. Tragó saliva. Trató de convencerse que se trataba de algún animal. Pero sus palpitaciones se aceleraron. Ya no eran dos sino seis ojos que lo observaban, y cada segundo aparecía un par más. De un momento a otro comenzó a salir vapor de su boca. Su cuerpo tembló. Cuando quiso girar y salir de ahí, sus piernas no le respondieron. Era miedo. Algo se encontraba tras él, y no tenía nada con qué

defenderse. Ningún arma, cuchillo, revólver, lo que fuera. Estúpidamente nunca pensó en ir armado.

Cerró los ojos para entregarse a su suerte, pero cambió de opinión e inmediatamente los abrió. No podía terminar así. No se rendiría tan fácilmente. Respiró profundo y se movió. Giró sobre sus talones y descubrió que también lo habían estado observando a sus espaldas. Sin dudarlo más, tomó aire y emprendió la carrera. El chillido gutural que sintió fue seguido por un enorme eco, y luego un nuevo chillido esta vez más fuerte y largo.

Corrió lo más rápido que le permitían sus piernas, sintiendo que cientos de pasos lo seguían para darle alcance. Sin mirar atrás se devolvió por el mismo lugar en que minutos antes había caminado.

Cuando parecía que el aire le faltaba, logró ver la entrada a la cueva. Quedaba poco, tal vez se había equivocado al pensar que moriría esa tarde. La esperanza volvió a él, generando más energía en su loca carrera por salir de aquel lugar. Quedaba menos, ya podía oler la tierra mojada fuera de la cueva. Y entonces ocurrió lo que al parecer estaba destinado desde un comienzo.

El golpe en sus pantorrillas fue rápido y certero. Le provocó un gran ardor de manera inmediata. No pudo evitar caer al suelo y giró rápidamente para quedar de espaldas. Estaba seguro de que algo le había cortado las piernas. Se inclinó para mirar y vio que estaba equivocado. Ellas seguían donde siempre. Algo subió sobre su pecho y le quedó mirando. Observó aquellos ojos indescriptibles. Se sintió rodeado por varios, no, por decenas ¿O tal vez eran cientos? No quiso pensar en ello. Lo último que vio fue el rostro de quienes lo atacaban en ese momento. Porque sí, era extraño, pero de pronto brillaban de una manera tenue, pero suficiente para poder verlos. Estaban tan cerca que pudo sentirles su respirar. El más próximo a él tenía sus ojos frente a los suyos. Lo miraba fijo. Cuando aquello dejó ver su sonrisa diabólica, entendió que lo mejor, era cerrar los ojos y pensar por última vez en su hermanita.

Valle Las Trancas, Octava Región (Año 2018)

Comúnmente la época estival suele ser la más apetecida para poder conocer lugares del sur de Chile. Si bien los turistas llegan todo el año a diversas ciudades del país, la estación veraniega entrega un clima

bastante menos lluvioso para recorrer los hermosos parajes sureños.

El actual verano se estaba presentando con temperaturas en promedio de 28 grados Celsius en la región, y transcurrida ya la primera quincena de enero, el clima daba señales que seguiría así hasta el mes de marzo. Por eso la tormenta nocturna que se había dejado caer en el valle, había sorprendido a todos los lugareños, y más aún el sol que brillaba ahora como si nada hubiera ocurrido la noche anterior. Era un poco contradictorio, pero el fenómeno había servido para dejar el aire mucho más puro que lo habitual.

Daniela Briones respiró una profunda bocanada de aire y luego suspiró.

— Como pueden ver más adelante, a unos dos kilómetros de acá —señaló con su dedo índice—, se encuentra la "Cascada Fantasmal". Allí es donde descansaremos y procederemos a almorzar.

El grupo de turistas avanzaba lentamente, montados a caballo abriéndose paso por entre los árboles en un nutrido bosque a orillas de del río. Se encontraban cercanos al lago Lo Oculto. Sólo se habían detenido para que pudiera dar las explicaciones al grupo turístico que la seguía.

— ¿Por qué se llama Cascada Fantasmal? —preguntó una turista española, con aquel acento tan característico.

La joven guía sonrió, sabía que en algún momento alguien preguntaría la razón del nombre de aquella cascada. Llevaba dos años desempeñándose como guía de turismo aventura para el Hotel de la zona, ubicado en la octava región, en el fructífero pueblo de Valle Las Trancas, y durante todo aquel tiempo, en cada excursión que le había tocado guiar, ninguna se había librado de que alguien preguntara por el origen del nombre de la cascada.

Valle Las Trancas era un lugar que tan sólo hasta hace unos diez años atrás, había comenzado a salir adelante gracias al turismo. La gente lo visitaba por sus paisajes y principalmente por sus múltiples leyendas, que día a día se iban haciendo más conocidas en toda la octava región.

— La leyenda es muy antigua —comenzó diciendo seriamente Daniela. Todos la miraban atentos—. Se dice que, en las noches de luna llena, si una persona se acerca a la cascada, puede ver figuras fantasmales alrededor de ella. Ahora, el problema es que si esas figuras descubren a la persona...—Hizo una pausa para poner un poco de suspenso a la historia—. Esta persona es capturada por los fantasmas y la hacen desaparecer para siempre. Nunca más se sabe de ella.

— Pero es sólo una leyenda ¿Verdad? —preguntó un turista, con una mezcla de acento francés.

— Claro —afirmó Daniela—. Aunque se debe tener en consideración de que las leyendas siempre tienen algo de verdad. Al menos esa es mi creencia. Ahora prosigamos el viaje hacia la cascada, allí almorzaremos.

Daniela reanudó la marcha de su caballo y las quince personas a las cuales guiaba, hicieron lo propio, tras ella.

Tras el almuerzo al aire libre, tuvieron un tiempo para descansar. Algunos turistas tomaban fotografías de todo lo que había alrededor. Un ave que volaba veloz entre los árboles, una mariposa entre los arbustos, algunos conejos que se intentaban ocultar si sentían alguna amenaza.

Daniela los observaba sonriente. Los que más le divertían eran unos japoneses. No habían parado de sacarle fotos a todo, incluso a la tierra. Los turistas eran casi todos extranjeros, salvo la pareja de recién casados. Ellos venían del norte de Chile, a pasar su luna de miel. La media de edad del grupo no pasaba de los cuarenta y cinco años. Se podía decir fácilmente que aquellas personas estaban dentro de lo que se denomina "adulto-joven".

Observó su reloj, eran las tres y media de la tarde. A las cinco debía emprender con ellos el viaje de regreso al complejo turístico, para que pudieran descansar en el hotel, tomar un baño y luego cenar. Sólo cuando se paró para emprender la marcha descubrió que en el grupo faltaba alguien. No se había dedicado a contarlos, sin embargo, ahora al hacer un rápido cálculo, confirmó que faltaba una de las turistas españolas.

El repentino grito a lo lejos la alarmó.

Algunos turistas se quedaron petrificados con los alaridos de una mujer. Daniela se paró rápidamente de la roca en la que estaba sentada y comenzó a correr internándose en el bosque, lugar del cual provenían los gritos. Al instante tres hombres del grupo la siguieron.

Corría esquivando arbustos y ramas de árboles. Magullándose los brazos y las piernas. Sintiendo que su corazón se aceleraba más producto del miedo, que de la agitación propia de la carrera. Deseaba encontrar pronto a la persona que había gritado, aunque estaba segura de que se trataba de la mujer española que faltaba en su conteo.

Jamás se le había perdido o accidentado un turista en las excursiones que había guiado. Pero Daniela tenía muy claro que la

posibilidad estaba siempre latente. Los accidentes ocurrían principalmente por negligencia de los propios turistas, que no hacían caso a las recomendaciones de los guías. Y nunca era algo muy grave. Tan sólo esguinces de tobillo, rasguños y otras cosas leves. Sin embargo, ella no estaba dispuesta a que ésta fuera la primera vez que sucediera un accidente con su grupo, aunque se tratara de algo menor.

Al traspasar una mata de arbustos y llegar a una planicie, Daniela sintió una profunda sensación de alivio. La mujer española se encontraba sentada en el musgo, de espaldas a ella, con las piernas cruzadas. Al menos no le había pasado nada grave. Seguramente vio un insecto extraño o algún bicho y eso la asustó. Pero algo así ¿era capaz de provocar esa clase de gritos?

Algo extraño estaba pasando.

Sintiendo que la preocupación comenzaba a reanudarse, caminó lentamente hasta la mujer, la tomó del hombro y le habló:

— ¿Te encuentras bien?

Ella no respondió.

Daniela se paró frente a la mujer y volvió a hacerle la pregunta por si la primera vez no le hubiese escuchado, pero la mujer siguió guardando silencio. La joven enarcó una ceja, extrañada. Al observar bien a la mujer, comprendió que algo extraño le ocurría. La turista miraba hacia un punto lejano, y no pestañeaba. Daniela movió su mano arriba y abajo rápidamente frente a los ojos de ella, pero no reaccionó.

Los tres hombres que habían seguido a Daniela llegaron al lugar. Se veían cansados. Al instante uno de ellos preguntó qué había pasado.

— No lo sé —dijo, angustiada—. No tiene ningún rasguño ni señal de haberse caído o golpeado. Sólo la encontré aquí sentada, sin moverse ni pronunciar palabra. Debe estar en un estado de shock.

— ¿Shock? Pero ¿Por qué? —preguntó otro de los turistas.

— No tengo idea —dijo—. Tal vez vio algo que la puso en este estado —Miró a los turistas y luego recorrió el bosque con su mirada. Todo aquello era muy extraño. Por más que pensaba y analizaba la situación, no podía imaginar qué le había ocurrido a la mujer. Pero había que hacer algo rápido —. Llamaremos al helicóptero de rescate —agregó.

Ya había caído la noche y la joven se paseaba de un lado a otro y a ratos se quedaba con su mirada fija en la ventana. Daniela aún analizaba la situación. Debía hacerlo, sobre todo considerando que mañana el grupo turístico sería interrogado por la policía local, y ella estaba incluida. No tenía mucho conocimiento médico, sólo sabía de primeros auxilios, pero estaba segura de que lo que presentaba la mujer española aquella tarde, era una especie de shock, producto de ver algo que la aterró demasiado. Pero ¿Qué cosa vio?

«Corre, corre que se acercan

Corren por esas laderas

Avanzan por el bosque

Y si estás solo te acechan

Viaja acompañado

Por el bosque o por el lago

Si te atrapan te atacan

Con cuchillo en mano»

¿Y si se trataba de ellos? La canción le vino a su mente de manera inevitable. Alguna vez la había oído cantar a unos niños en la plaza.

— Es una vieja canción del pueblo —le había respondido sonriendo en aquella ocasión Ana Méndez, la dueña de una pensión cercana a la plaza. Luego de que le preguntara de qué se trataba—. Es antigua y mis padres la utilizaban conmigo cuando era pequeña, para insistirme en que no era bueno andar sólo por el bosque cercano al lago. Se ha ido pasando de generación en generación.

Daniela sonrió al recordar aquello. En ese entonces, recién llevaba como una o dos semanas viviendo en el pueblo. «Podría ser que se trate de ellos». Movió su cabeza de un lado a otro, desestimándolo. Debía pensar con más objetividad respecto a lo ocurrido. Nunca había presenciado algo así. La turista estaba ida, lejana. Todo era tan extraño. Aquella mujer ni siquiera se movía, ¡Si casi ni respiraba!

«Parecía un muerto en vida».

Aquellas palabras vinieron a su mente desde lo más profundo de sus recuerdos. ¿Dónde lo había escuchado? ¿Quién le había mencionado aquellas palabras?

Mientras la noche se dejaba caer en la zona, la joven se levantó de la cama y se paseó por la cabaña en la que vivía, ¿Quién le había dicho aquello? No podía recordarlo. Se dirigió hacia una de las ventanas y observó el hermoso cielo, en el cual se veían un inmenso manto de estrellas.

«Parecía un muerto en vida».

De pronto se quedó helada. Acababa de recordarlo. Ella había oído alguna vez una historia acerca de alguien que había contraído una enfermedad con síntomas parecidos a los de la turista española. ¿Quién le había contado esa historia?

«Parecía un muerto en vida».

La joven volvió a sentarse en la cama y cerró los ojos tratando de recordar. Lo único que vino a su mente, fueron los años de escuela, durante la adolescencia y la amistad de sus tres compañeras de curso ¿Qué tenían que ver ellas con todo este asunto?

Una extraña sensación en su interior le hizo acercarse al velador y sacar del cajón un álbum fotográfico antiguo. En la primera página aparecían ella y sus tres amigas. Daniela llevaba puesto una minifalda floreada, mientras que Valentina usaba jeans ajustados y una camiseta de color crema. Kathy en tanto usaba un pantalón de cotelina negra y una camiseta blanca. A la derecha de la fotografía, Camila vestía jeans y una blusa blanca. Sonrió al mirar la imagen. La retiró del plástico que la protegía y miró la escritura impresa a lápiz pasta en el reverso:

De derecha a izquierda: Camila, Kathy, Valentina y Daniela

Mirador del cerro Santa Lucía

Santiago de Chile

Año 2002

«Juntas, prometemos cuidarnos»

Aquellas palabras resonaron en su mente como si las hubiese escuchado ayer. Las habían señalado en aquel mirador, como un juramento, antes de tomarse la fotografía. Lo recordó como si estuviera pasando en esos instantes. Se encontraban tomadas de las manos,

formando un círculo.

«Y también prometemos no separarnos nunca en la vida»

La joven sonrió al recordar todo aquello. Volvió a mirar la fotografía, hacía mucho que no la contemplaba. En esa época eran muy felices. Bueno, ahora después de un tiempo ella volvía a considerarse feliz, y tal vez sus amigas también lo eran. Sin embargo, comprendió que era muy triste no saber con seguridad, cómo se encontraban ellas en la actualidad. Tan sólo suponía que Camila se encontraba bien, debido a sus reportajes que se publicaban el domingo, en la edición digital de un periódico. Si tan sólo nunca se hubiese separado de ellas, si nunca hubiera ocurrido aquella tragedia que las llevó a distanciarse. «Ese maldito disparo», pensó de pronto.

Una pequeña puntada en la boca del estómago, le hizo pararse de la cama, con el álbum fotográfico entre sus manos, sintiendo que su corazón se aceleraba, y no era para menos. Finalmente había recordado quién le habló alguna vez de aquel "muerto en vida".

A ratos el avión daba una que otra sacudida, pero ella estaba acostumbrada a volar. Sin embargo, esta vez sentía un poco más de nervios que los de costumbre.

— ¿Desea algo para beber? —le preguntó alguien.

Camila Ponce observó que la auxiliar de vuelo le sonreía. Frente a ella tenía un carro muy bien ordenado con botellas de bebida, vasos, vino y latas de cerveza.

— Claro, vino blanco por favor, gracias.

La Auxiliar tomó un vasito de plástico transparente, lo llenó con vino, y se lo entregó a Camila junto con una servilleta.

Recibió el vaso y bebió un pequeño sorbo. Miró por la ventanilla del avión y trató de identificar la zona que estaban sobrevolando. Si el día anterior le hubiesen preguntado, qué haría hoy, habría respondido simplemente: Escribiré mi próximo artículo, para el suplemento del domingo.

Sin embargo, se encontraba viajando en avión rumbo a la ciudad de Concepción, donde alquilaría un vehículo en el que viajaría hasta la

ciudad de Chillán. Allí la estaría esperando una vieja amiga.

La llamada telefónica que había recibido el día anterior, de parte de Daniela Briones, le había sorprendido. Jamás se imaginó hablar con ella, después de tantos años. En ese momento se encontraba redactando el artículo para el próximo domingo. Una historia acerca de una parte abandonada del Hospital San George, que hablaba sobre posibles fantasmas. La verdad es que, si bien había estado casi tres horas al interior de la infraestructura durante la madrugada del martes, no había experimentado más que olores desagradables y un poco de temor por estar tanto rato sola y alumbrada más que por una lámpara de campaña. De fantasmas nada, y últimamente le estaba costando encontrar historias que relataran algo más que sus experiencias vividas mientras investigaba. Nada concreto, nada tangible. Tal vez por ello su columna del domingo había bajado en lecturas. Al menos eso señalaban las estadísticas de la edición digital.

«Tienes que comenzar a encontrar mejores historias»

Su jefe cada vez le estaba exigiendo más y lo peor de todo es que estaba segura de que él tenía la razón.

Cuando contestó la llamada el día anterior. Jamás habría esperado escuchar la voz de Daniela Briones. Por lo que ella le comentó, había logrado contactarse con el periódico en el que trabajaba, y allí le habían dado el anexo de su oficina. La conversación había sido emocionante, hablaron rápidamente generalidades sobre sus vidas, pero no hubo tiempo para detalles. Esos ya vendrían cuando se vieran en persona.

— Debes venir sí o sí —le había dicho Daniela.

Ahí se podrían contar detenidamente lo que habían hecho durante todos estos años sin verse. Aún se sentía nerviosa luego de esa llamada, aunque no tenía muy claro si era por la emoción de saber sobre su amiga, o por lo que ella le había contado casi al término de la conversación. «Están pasando cosas extrañas, como las historias que escribes», había señalado. Daniela le contó a grandes rasgos sobre lo que había sucedido en el pueblo en el que se encontraba trabajando. Una extraña enfermedad, o algo paranormal, no lo entendió muy bien en ese momento. Al oírla, no pudo menos que sorprenderse. Tenía muchas razones para hacerlo ya que a eso se dedicaba. Por ello, Camila decidió dejar de lado todo lo que tenía que hacer, y se embarcó en lo que consideró una importantísima investigación. Luego de colgar, había hablado con su jefe. Le explicó la situación y le indicó que estaría fuera unos días, dado que tenía una historia que merecía su atención. Su jefe no le puso ningún reparo. Posteriormente buscó a su novio en el tercer piso del edificio, ya que el destino los tenía trabajando en el mismo

periódico. Conversó con él, y pese a que le explicó a grandes rasgos de qué se trataba, el joven se molestó por lo sorpresivo del asunto y al final terminaron discutiendo. Pero a Camila no le importó, más tarde le llamaría por teléfono y le explicaría todo en detalle. Al final, él la entendería, siempre había sido así.

Ahora, mientras viajaba en el avión, bebió un poco más de vino y trató de relajarse. Se sentía nerviosa por lo que iba a investigar y más aún porque vería a una de sus grandes amigas de la escuela, a quien tanto había querido, y de quien había tenido que separarse en contra de su voluntad.

«Tendremos que dejar de vernos por mucho tiempo»

Eso había ordenado la propia Daniela. La voz le sonó como sacada de un sueño, pero era cierto y había ocurrido varios años atrás. Antes de ese momento habían sido muy felices. Tras la salida de la escuela debieron enfrentarse a la vida, pero siempre estuvieron juntas, o casi siempre. Compartiendo penas y alegrías, hasta ese fatídico día... «¿Qué había ocurrido exactamente?»

Lo había tratado de olvidar, y al parecer lo logró bastante bien, o tal vez nunca entendió muy bien lo que había pasado. Tan sólo recordaba un disparo, ¿Por qué un disparo? Lo que Camila sí recordaba perfectamente, era lo vivido por cada una de ellas, entre la salida de la escuela y la separación de todas.

Con una sonrisa nostálgica en sus labios, sacó de su cartera un pequeño porta-documentos. Buscó en su interior y allí encontró una fotografía. Aparecían, ella y sus tres amigas, en el mirador del cerro Santa Lucía. De pronto se sintió tensa, movió su cuello girándolo despacio, de izquierda a derecha y comenzó a recordar…

Capítulo 2

PRIMERA PARTE

Pasado y presente

1

Santiago de Chile, dieciséis años antes (Año 2002)

Movió su cuello girándolo despacio, de izquierda a derecha. Luego puso las manos en su nuca y estiró los codos hacia atrás. Siempre elongar un poco le había ayudado a relajarse y así poder sentir sueño y dormir de un tirón toda la noche. Pero hoy era distinto, estaba ansiosa y sabía que esta vez le costaría quedarse dormida.

Camila Ponce no dejaba de pensar en lo que sucedería mañana y cómo saldría todo. Miró su reloj colgado en la pared de su habitación. Marcaba las once con treinta y cinco minutos. Comúnmente a las diez ya estaba cayendo en los brazos de Morfeo. Ahora no había caso. Por más que lo intentaba, nada le hacía sentir las ganas de dormir. Mañana a esta hora seguro estaría celebrando con sus amigas el haber salido de cuarto medio, después de haber pasado por la ceremonia de licenciatura. Sólo pensar en eso le provocaba que sus pelos se pusieran de punta. Era un gran paso el que daría junto a sus inseparables amigas. A ratos le daban ganas de hablar por teléfono con Daniela, pero el sólo tener que salir de su habitación en puntillas y bajar hasta el living para llegar al teléfono, le daba miedo. Tenía prohibido hablar tan tarde. Si al menos tuviera una extensión en su pieza, como Daniela, todo sería más fácil. Eso les había pedido a sus padres de regalo por salir de cuarto, una extensión en su habitación. Así podría hablar con sus amigas cuando quisiera. Aunque tenía claro que tendría que ayudar en el pago de la cuenta a fin de mes. Una vez que trabajara, claro.

Miró hacia su escritorio y decidió ocupar su tiempo de desvelo en algo productivo. Aún no apagaba su computador así que decidió buscar en Internet alguna historia sobrenatural, de esas que le encantaban. Se sentó frente al monitor y abrió el Internet Explorer. Digitó en el buscador: “historias sobrenaturales”. De pronto creyó sentir un ruido.

Se paró y se acercó a la puerta para asegurarse que sus papás estaban dormidos. La habitación de ellos estaba en el primer piso y generalmente cuando veían tele, se lograba escuchar el sonido en el pasillo. Pero ahora todo estaba en silencio. Se sentó nuevamente frente a su computador y buscó alguna historia que le llamara la atención. Se

decidió por una que contaba sobre una criatura en el bosque. Hizo clic en el título y se acomodó en el respaldo de su silla. Mientras la página abría, cerró sus ojos y se imaginó investigando casos sobrenaturales, de fantasmas, casas embrujadas. Le fascinaban esos temas y tenía claro que de alguna manera aquel gusto había sido influenciado por su hermano mayor que siempre le contaba historias de ese tipo. Siempre admiró a su hermano por la tenacidad con la que trabajaba. Era un buen investigador, siempre lo supo. Y sobre todo era muy cuidadoso. No se arriesgaba más de la cuenta. Al menos él siempre decía eso: *"No me voy a andar metiendo en la pata de los caballos"*. Por eso Camila nunca pudo entender lo que le había pasado. Cómo su hermano llegó a meterse en algo tan terrible.

Abrió los ojos y comenzó a leer el caso que explicaba la página, pero no pudo concentrarse en la lectura. Entendió repentinamente que en su subconsciente siempre se había albergado una idea. Una idea que ahora al salir de cuarto medio podía concretar. Más que una idea era un sueño del cual nunca se dio cuenta sino hasta ahora. De pronto supo lo que debía estudiar. Entraría a la Universidad a la carrera de periodismo. Por fin entendía aquellas ideas de querer ser investigadora. Esa búsqueda constante de la verdad sobre las cosas misteriosas que se veían en la tele o se leía en los periódicos. Ahora lo entendía y acababa de tomar una decisión. Una oleada de emoción recorrió su cuerpo. Mañana les daría la noticia a sus padres, sería periodista, igual como lo fue su hermano.

Aquella tarde del día siguiente, el nerviosismo era normal, tan sólo quedaban dos alumnas, antes de que ella subiera al escenario para recibir el certificado de aprobación de enseñanza media. Los años escolares se acababan, aquel era el último día en que Katherine Orrego y sus amigas usarían uniforme de escuela. Al siguiente año, aquellas vestimentas cambiarían por la ropa de calle, si es que seguían estudiando en la Universidad como pretendían. O tal vez tendrían que vestir tenida formal y realizar la práctica de secretaria, en alguna empresa. Aunque tenía claro que la mayoría de sus compañeras, pese a que habían estudiado aquella carrera de secretariado, no querían dedicarse a eso. Personalmente no estaba dispuesta a quedarse pegada en una labor que comúnmente era mal tratada. Los jefes siempre eran abusadores, miradores en menos, y más encima acosadores si una era bonita y se vestía sexy. Debías tener suerte para encontrar una empresa en la que fuera distinto.

Se declaraba soñadora. Era de aquellas amantes de las películas de amor y novelas que tuvieran una buena cuota de suspenso, pero siempre con algo de romanticismo. Tal vez por eso le encantaba escribir

historias en sus ratos libres. Era un pasatiempo que le fascinaba, y debía reconocer que en muchas ocasiones soñaba con ser una escritora consagrada. Pero era un camino difícil, al menos eso había leído de varios autores. Todos señalaban que, si te querías dedicar a ese mundo, debías ser perseverante y paciente por sobre todas las cosas, porque al principio, todos ellos te aseguraban el fracaso.

— ¡Katherine Orrego! —se escuchó por los parlantes.

Al instante una lluvia de aplausos se dejó caer en el auditórium, mientras ella se levantaba de su asiento y caminaba rumbo al escenario. Estaba nerviosa. Se concentró. Había que caminar de manera recta y delicada. Tal como se lo habían enseñado en los más de diez ensayos. Al mirar al escenario, vio que arriba la esperaba su profesora, aquella a quien tanto quería. Sin duda era la mejor maestra que había tenido en toda su vida.

Subió las escalas y la mujer la recibió con un gran abrazo, luego un beso en la mejilla y procedió a entregarle el certificado.

— Estoy segura de que tienes un gran futuro por delante —le dijo.

Ella sonrió alegremente y volvió a estrecharla más fuerte con sus brazos.

Posteriormente vino la fotografía de rigor, y la joven bajó del escenario, por el lugar en que habían estado practicando durante las últimas semanas de ensayo.

Sólo cuando se sentó nuevamente, descubrió que las piernas le temblaban. Experimentó una especie de doble sentimiento. Por un lado, estaba feliz de acabar con aquel período de su vida. Sin duda vendrían nuevas metas, nuevos desafíos. Por otro lado, sentía la tristeza de dejar el colegio y, sobre todo, de separarse de su curso. Sin embargo, estaba segura de que, a sus tres amigas del alma, aquellas que en esos momentos le hacían morisquetas y le sacaban la lengua desde sus respectivos asientos, jamás las dejaría de ver. Recordó la promesa que se habían hecho días atrás, sobre el mirador del cerro Santa Lucía. Tomadas de la mano, cada una había prometido que no se alejaría. Permanecerían siempre unidas, pasara lo que pasara, y si alguna necesitaba ayuda, las otras tres se encargarían de brindársela. Lo habían prometido, por eso sabía que Daniela, Valentina y Camila, siempre estarían junto a ella.

Cuando minutos más tarde, la entrega de certificados finalizó, y por los parlantes del auditórium comenzó a sonar de fondo la música del Adiós, la muchacha comprendió que el fin de la era escolar había llegado. Bajo la mirada orgullosa y melancólica de los padres, todas las alumnas se

levantaron según el ensayo, y caminaron en fila, lenta y armoniosamente, hasta salir del auditórium. Fue la caminata más larga que había realizado hasta ahora. Una vez fuera, por entre el mar de alumnas que lloraban y se abrazaban, buscó a sus tres amigas. Al encontrarlas, no pudo aguantar más y las abrazó a las tres, llorando emocionadamente.

Daniela Briones sabía que con aquel vestido se veía hermosa. Sonrió. Pero no con orgullo. Era más una sonrisa que denotaba resignación. Poseía un cuerpo que muchas compañeras en el liceo envidiaban, por eso la amaban, pero también la odiaban. "Tus amigas no, por supuesto. Ellas nunca han sentido envidia, por el contrario, siempre te alaban. Sería triste estar equivocada".

Tenía un gran número de pretendientes y, sin embargo, ella jamás había tomado en serio a alguno.

Para los demás era difícil entender su actitud. Nunca duraba mucho en sus relaciones amorosas. Nunca pasaba más de unas semanas con alguien. Y siempre, era ella quien terminaba el vínculo. Sus propias amigas se sorprendían de que muchas veces fuera tan fría con los hombres, y, sobre todo, que jamás se hubiese enamorado de alguno. Pero ellas no conocían la razón de aquella actitud. Porque existía una causa y ella la guardaba secretamente. Simplemente no creía en el amor. Cada joven que se le acercaba, lo hacía con la única intención de acostarse con ella. Por eso jamás se había aferrado a nadie. Simplemente porque ninguno de todos aquellos pretendientes, se había enamorado verdaderamente de ella.

Recordó la última vez que había estado con alguien. Gonzalo se había portado como el más perfecto caballero. La invitó al cine, luego fueron a comer pasta, la llevó al mirador del cerro San Cristóbal para ver el atardecer. Pero ahí se fue todo a la mierda…

Lo había conocido dos semanas atrás en la fiesta de una compañera. Inmediatamente se sintieron atraídos y bailaron hasta que llegaron los lentos. Sonaba "Yellow Ledbetter" de Pearl Jam cuando el beso entre ambos fue inevitable.

Fue mágico, aquellas últimas dos semanas comenzó a creer que de verdad había llegado alguien que valía la pena. La había sorprendido una vez cuando la fue a buscar a la escuela. En dos ocasiones le llegaron chocolates a su casa. Detalles que nadie había tenido con ella hasta

ahora. Hasta que todo se fue al carajo aquella noche en el mirador.

Del romanticismo de estar abrazados y contemplar las luces de los edificios, en segundos se transformó en un constante acoso de parte de Gonzalo, besándole en el cuello e intentando bajar entre sus senos. Si bien la excitaba a ratos, le hacía entender que era lo único que él había estado esperando esas dos semanas ¡Tan sólo dos semanas!

Cuando una de sus manos intentó bajar el cierre de su pantalón, y la otra se fue directo bajo su sostén, Daniela comprendió que era tiempo de parar o pasaría a mayores. Lo había detenido en ese mismo momento, indicándole que no era lo que esperaba por ahora, que se fueran lento y pasaran más tiempo de romance, antes de acostarse. Gonzalo lo entendió a regañadientes, calmó su excitación y la llevó a su casa. Pero ella ya había tomado la decisión y no lo volvería a ver. No había cumplido los requisitos.

Recordó aquello con una sonrisa nostálgica. Sin duda le iba mal en temas de amor. Sin embargo, era feliz. Tenía unos padres maravillosos, que nunca discutían por nada. Que hasta el día de hoy seguían muy enamorados, el uno del otro. Que la amaban por sobre todas las cosas. Y no era para menos, tomando en cuenta que ella era hija única.

Mientras se maquillaba lentamente, sentada frente a su espejo, pensaba en lo bien que lo pasaría en la discotheque, junto a sus amigas. Era interesante el hecho de que todo el curso celebrara su salida del colegio en un lugar así. En un principio no todas habían estado de acuerdo con aquella idea, pero de a poco se fueron convenciendo que sería entretenido. Por ser un curso de mujeres, cada una podría invitar a sus parejas o algún amigo. Lo bueno es que por el hecho que en la discotheque no serían las únicas presentes (habría el público normal de un local de estas características), las compañeras que no tuvieran pareja podrían bailar con quien quisieran.

Ella y sus amigas entraban en el grupo de “las sin pareja”. Extrañamente, todas hasta ahora, habían tenido mala suerte en cuanto a relaciones amorosas se trataba. Bueno, su caso era especial, ella no consideraba que le fuera mal en sus relaciones, tan sólo no le gustaba estar mucho tiempo con alguien. En todo caso, nada impedía que aquella noche, conociera a algún muchacho especial, ese que le cambiaría su manera de pensar. En el fondo de su corazón siempre lo andaba buscando, «pero nadie sabía eso».

La joven suspiró, hoy debían hacer algo especial. Después de todo era la fiesta de celebración y despedida. ¡Había que hacer algo

entretenido!

Al terminar el ritual del maquillaje, se miró al espejo y contempló su rostro. Definitivamente se veía preciosa. Sin duda causaría furor entre los hombres, como siempre. «Hombres, tan idiotas y embusteros». Daniela sonrió en forma maliciosa. Por su mente acababa de cruzar una idea para la noche. Una propuesta que haría a sus tres amigas, y que sin duda no rechazarían.

— Papá, seré periodista, igual que mi hermano —había dicho Camila.

Su padre la observó unos segundos. En sus ojos se notó la contradicción. Ella sabía que lo que acababa de rebelar sería un golpe duro para sus padres.

— ¿Estás segura?

— ¡Por supuesto, papá! Lo tengo todo pensado. Estudiaré periodismo, y me especializaré en reportajes policiales.

Si bien lo había decidido recién hace dos noches, ahora estaba más convencida de que siempre lo había deseado. Siempre le atrajo la posibilidad de investigar y hablar con la verdad. Le interesaban mucho aquellas cosas que eran "inexplicables".

— Me alegro de que quieras ser periodista —señaló su padre—. Pero me preocupa la reacción de tu madre ¿Ya se lo dijiste?

— No todavía —dijo, mientras volteaba para mirarse en el espejo—, pienso hacerlo mañana, en la cena.

Se paseó de un lado a otro por su habitación, como si estuviera sobre una pasarela. Llevaba puesto un vestido de color negro que calzaba perfecto con su bella figura. Siempre había sido delgada, no huesuda sino más bien "tonificada". Sin duda salir a trotar le ayudaban a mantenerse en forma.

— Te ves hermosa —le dijo su madre, mientras atravesaba la puerta de la habitación. Se acercó a su hija—. Aquí está mi regalo, mi amor —le señaló, mientras depositaba algo en sus manos.

Camila observó dos hermosos aros de oro. Levantó la vista hacia

su madre. Su emoción y sorpresa fueron evidentes.

— Mamá, estos aros son tuyos.

— Así es —señaló ella mientras le acomodaba los aros—, y tu abuela me los regaló el día en que salí del colegio. Espero que tú puedas hacer lo mismo algún día.

— Oh, gracias mamá.

Abrazó a su madre y juntas dejaron caer algunas lágrimas de felicidad. Se sentía dichosa de contar con una familia tan linda. Pero entre tanta armonía, le fue imposible evitar recordar a su hermano. Le habría encantado que él también estuviera allí, acompañándola. Pero había fallecido hace siete años, y ésta era la principal razón por la que Camila quería ser periodista. Era un homenaje a él. Abrazó con más fuerza a sus padres.

— Los quiero —dijo—. Gracias por haber sido siempre tan buenos conmigo.

Se había sacado un siete con sus padres. Las circunstancias podrían haber sido otras tras el fallecimiento de su hermano. Conocía casos en que, tras la muerte de un hijo, los padres terminaban separándose porque se culpaban unos a otros. O simplemente era tanto el dolor que terminaban olvidando que tenían más hijos y los dejaban en el limbo.

Tenía dos compañeras en su curso cuyos padres estaban separados, y ambas se quejaban de que no las pescaban ni en bajada. Siempre lejanos, o tratando de darles cariño a través de cosas materiales. Una de ellas decía que tenía robots en vez de padres. Era triste pensar en eso. Pero ella gozaba de un cariño incondicional por parte de sus papás. Era como si la muerte de su hermano los hubiese unido aún más, concentrándose profundamente en entregarle amor a la hija que les quedaba.

Abajo, en el primer piso, se escuchó sonar el timbre. Alguien llamaba a la puerta. Camila observó a través de la ventana, y vio a su amiga parada frente a la reja.

— Es Daniela, viene por mí —dijo.

— Bien, bajemos entonces —propuso Sofía.

— ¿De verdad sacó licencia de conducir? —dijo su padre, irónicamente.

— Sí. Hace tres meses.

— No seas tan desconfiado —sonrió su madre.

— De acuerdo, de acuerdo, pero, por lo menos, ¿Es buena conductora?

— ¡Siiii Papá!

La luna se encontraba increíblemente hermosa.

Valentina Cox observaba el cielo con nostalgia. Recostada en una reposadera, esperaba a que sus amigas pasaran a recogerla para ir la discotheque. Sin poder evitarlo, había comenzado a repasar en su mente su vida sentimental hasta ahora, y sólo una cosa tenía muy clara con respecto a eso. Tenía mala suerte en el amor.

Por lo general, durante los años en que estuvo en la escuela, se fijó en jóvenes que no eran libres o que no estaban "ni ahí" con ella. Siempre vivió fantasías absurdas y cuando por fin creyó haber encontrado el amor, el destino se lo arrebató.

Recordó una noche, meses atrás. Ella y Alejandro, el único pololo que había tenido en los últimos cuatro años y de quien realmente se había enamorado, habían estado contemplando el cielo, abrazados en el banco de un parque. En esos momentos ella sintió que su vida estaría ligada para siempre a ese muchacho tierno y cariñoso. Sin embargo, las cosas serían de otro modo.

Aquella misma noche, Alejandro le reveló que se marcharía a España. Su padre había conseguido un buen trabajo en ese país y se llevaba a toda su familia. Alejandro, sin embargo, prometió que siempre estaría en contacto con ella.

Valentina sintió que el mundo se le derrumbaba en pedazos, comenzó a llorar desesperadamente y pidió al joven que aquella noche hicieran el amor para despedirse. Ella era virgen y deseaba con todo el corazón entregarle su primera vez a aquel muchacho. Pero él no aceptó, señalando que no se sentía capaz de marcarle la vida de esa forma. Que su primera vez debía ser con alguien que la amara profundamente. Luego de eso, se paró del banco de la plaza, besó a Valentina en la frente y se marchó. Valentina se quedó allí sentada, llorando desconsoladamente,

sintiendo que la vida se empeñaba en ser injusta con ella.

Ella no supo nunca más de Alejandro. Desde entonces, había tratado de tener algún tipo de relación con otros jóvenes, pero nunca habían durado mucho.

Valentina se sentía sola, necesitaba sentirse amada. Pero simplemente tenía mala suerte. Sin embargo, ahora sentada allí, en el patio de su casa, mientras dos lágrimas rodaban por su mejilla, decidió que las cosas cambiarían para mejor. Se preocuparía de realizar su práctica y tal vez después, estudiaría alguna otra carrera. Tal vez medicina. Si bien daría la prueba de aptitud académica, no estaba segura de que le fuera a ir bien. Pero no importaba, las cosas iban a cambiar, estaba segura de ello. Después de todo, como su madre siempre le decía: No hay mal que dure cien años ni tonto que lo soporte.

El lugar estaba abarrotado de gente. En la altura, los juegos de luces se movían de un lado a otro, rítmicamente. La música se escuchaba muy fuerte, a través de los grandes parlantes colgados en el techo, y alrededor de la pared del local.

Lo estaban pasando perfectamente. Sentadas alrededor de una de las mesas ubicadas en una especie de segundo piso. Daniela y sus amigas bebían cerveza mientras se movían al ritmo de la música.

— ¡Lástima que nos permitan beber sólo esto!

Kathy vio que Daniela sostenía la botella en su mano y la apuntaba con la otra. Había casi gritado para que las demás pudieran oírla. La música era casi ensordecedora.

— ¡Yo creo que está bien! —dijo.

Junto con las alumnas, habían ido a la disco, la profesora y cuatro apoderados. Estos últimos eran los que prohibían beber otra cosa que no fuera cerveza. Y constantemente se paseaban por el lugar, vigilando que esto se cumpliera. No era tan terrible.

— ¡Es una estupidez, podríamos estar bebiendo tequila margarita! —dijo Camila.

— ¡O unas caipiriñas! —señaló Daniela— ¡No, mejor unos mojitos!

Kathy observó que Valentina no ponía atención de lo que ellas conversaban. Se le veía nerviosa y tenía su mirada fija hacia el sector de la pista de baile.

Al mirar hacia aquel sector, descubrió que un joven, desde abajo le sonreía constantemente a Valentina. Entonces entendió el nerviosismo de su amiga.

— ¡Parece que tienes un interesado Vale! —le dijo a su amiga.

— ¿Qué? ¿cómo? ¡No, estás loca!

Kathy comenzó a sonreír. Igual era bueno que Valentina dejara de pensar en aquel pololo que tuvo y de una vez por todas buscara a otra persona con quien divertirse.

— ¡Señoritas, tengo algo que proponerles! —dijo Daniela y al ver que todas la miraban con atención, prosiguió— ¡Quiero hacer una apuesta con ustedes tres!

— ¡Qué clase de apuesta! —preguntó Valentina.

— ¡Quiero apostar diez mil pesos a quien, al finalizar esta noche, haya logrado conquistar a alguien!

Todas se largaron a reír y al cabo de un instante se miraron unas a otras. Comprendieron que lo que Daniela proponía, no era ninguna broma.

— ¿Qué pasa si las tres logramos conquistar a alguien? —preguntó Valentina.

— ¡Bueno, a cada una le pagaría los diez mil pesos!

— ¡Estás loca! —dijo Kathy.

— ¿Se atreven o no?

— ¿Y si no logramos conquistar a nadie? —preguntó Camila.

— Bueno, tendrán que pagarme diez mil pesos, cada una.

— ¡Con una condición! —señaló Valentina.

— ¿Cuál?

— Que tú ganarás, sólo si nosotras no podemos conquistar a nadie, y tú sí.

— De acuerdo, ¿Se atreven?

Kathy miró a sus amigas. Todas tenían cara de no muy convencidas, pero la apuesta era divertida. Al final asintieron una por una. Estaban de acuerdo en intentarlo.

Llevando un vaso de cerveza en la mano, Valentina caminó dirigiéndose hasta donde se encontraba la pista de baile, mientras observaba la gran cantidad de gente que se encontraba en el lugar. Jóvenes de distintas clases sociales con un objetivo en común: pasarlo bien.

Al llegar a la pista, contempló la forma en que bailaban las parejas. Algunas tenían una forma muy sensual de moverse, mientras otras eran más "recatadas". A Valentina le cargaba bailar con un hombre que apenas se moviera.

— ¿Quieres adentrarte en ese mar de gente para bailar conmigo? —escuchó que alguien le preguntaba a su espalda.

Al voltear, Valentina vio frente a ella a un joven de extraordinarios ojos castaños y una hermosa sonrisa. Era el muchacho que la había estado observando un rato atrás.

— ¿Me preguntas a mí? —consultó la joven. Un pequeño calorcito comenzaba a alojarse en su estómago.

— Claro, ¿Quieres bailar?

Valentina estuvo a punto de decirle que no. Sin embargo, antes de abrir la boca, recordó la apuesta hecha con Daniela. ¡Esta era una oportunidad!

— Sólo si me dices tu nombre.

— Alfredo. Y tú ¿Cómo te llamas?

— Valentina.

— Hermoso nombre, Valentina. Ahora, ¿Bailarías conmigo?

— De acuerdo, bailemos.

Alfredo tomó la mano de Valentina y caminó con ella al interior de la pista de baile. Inmediatamente comenzaron a bailar.

Se encontraban sentados alrededor de una mesa, casi en un rincón del recinto.

— ¡No puedo creer que estudies periodismo! —indicó Camila, asombrada.

— Pero es la verdad —señaló el joven que tenía frente a ella. Su nombre era Miguel, y lo había conocido minutos atrás, cuando él la había sacado a bailar.

— ¿Y cuánto falta para que salgas?

— El año que viene, entro recién al segundo año de carrera.

— ¡Ja! Creí que eras mayor. ¿Y dónde estudias?

— En la Universidad Católica.

— ¡Vaya! —sonrió Camila—. Yo también quiero estudiar periodismo, y en la misma universidad.

— ¡Eso sí que es coincidencia!

— Lo mismo digo.

— Entonces brindemos por eso.

Miguel había alzado su vaso. Camila observó al joven y le gustó. Era atractivo, ojos color marrón, piel blanca y pelo un poco largo. Eso lograba que su rostro fuera más interesante. Comprendió que el alcohol empezaba a jugarle tal vez en contra porque sintió que el deseo la recorría como una oleada por todo su cuerpo. No sabía en qué terminaría esa noche. Alzó su botella de cerveza y la chocó suavemente con el vaso

de Miguel.

— ¡Salud! —Dijeron ambos.

Desde otro sector, Daniela sonrió. Observaba desde la altura a sus amigas. Sentada frente a la misma mesa donde habían hecho la apuesta, veía que Camila y Valentina iban bien encaminadas a cumplir con el trato. Esperaba de corazón que no fueran a arrepentirse porque al final de cuentas todo era para pasar un rato agradable. Más allá de la apuesta. Daniela quería que sus amigas lo pasaran bien y fueran felices. Habían cumplido un ciclo, y era lógico que la vida iba a cambiarles de aquí en adelante. Lo mejor era empezar de buena forma esta noche.

— Parece que estás perdiendo tu apuesta —dijo alguien a su espalda, mientras le tomaba el hombro. Al voltear y alzar la vista, Daniela observó a Kathy.

— Creo que vas a perder treinta mil pesos —dijo la joven

— ¿Treinta? Yo sólo veo a Camila y a la Vale, aparejadas.

Kathy sonrió y pasó su brazo por encima del hombro de su amiga, luego apuntó hacia el bar.

— ¿Ves al joven de camisa negra?

— Sí.

— Está pidiendo dos cervezas, una para él y la otra para mí. Mientras, yo subí a puro molestarte y sacarte pica amiguita del alma.

— Vaya, vaya. ¿Y cómo se llama el afortunado?

— Nicolás.

— Sí, suena bien. Entonces vaya rápido, y no lo deje.

— Claro que no lo dejaré.

Daniela observó a su amiga bajar la escala y caminar entre la gente hasta llegar donde se encontraba aquel joven que le había mostrados segundos antes. Al menos de lejos se veía guapo.

Kathy llegó hasta donde estaba Nicolás y puso los brazos alrededor de su cuello. Tenía claro que mientras bailaban ese lento, era la oportunidad definitiva para besarlo y sentirse vencedora de la apuesta.

El sonido de la música era suave. En la pista de baile tan sólo habían quedado unas cuantas parejas que se movían lentamente, bajo un juego de luces tenue.

Kathy sentía la respiración de Nicolás en su oído. Era la ocasión, tenía que besarlo. Además, le gustaba mucho aquel joven. Era muy atractivo. Debía besarlo sin perder más tiempo.

Comenzó a mover su mejilla lentamente contra la de Nicolás. Luego, sus labios se fueron acercando a los de él, despacio, muy despacio. Hasta que por fin se juntaron tiernamente en un beso exquisito, que duró un largo momento.

— ¡Así te quería pillar desgraciado!

Nicolás apartó repentinamente a Kathy, y la joven pudo ver que frente a ellos se encontraba una mujer joven. Tal vez de unos veinte, veintidós años. La expresión en su rostro era de cólera. Y sus ojos destellaban un odio que le hizo sentir escalofríos. Supo que algo malo iba a pasar.

— ¡Qué mierda, estás haciendo aquí! —exclamó Nicolás.

— ¿La conoces? —preguntó Kathy.

— ¡Por supuesto que me conoce! —gritó la mujer— ¡Soy su novia!

— ¡No digas estupideces! ¡Terminamos hace bastante tiempo! ¡Tú sabes que hace mucho te dejé de querer!

— ¡Eres un maldito, mentiroso y desgraciado!

Cuando dos personas intentaron acercarse a la mujer, ésta sacó repentinamente del bolsillo de su chaqueta, una pequeña pistola, y apuntó al cuerpo de Kathy.

— ¡Nadie se acerque o le pego un balazo aquí mismo a esta

weona!

Todos dejaron de bailar y contemplaron a la mujer, mientras que la música dejaba de sonar. La gente se apartó alarmada. En la pista de baile quedaron tan sólo la mujer, Nicolás, Kathy y sus dos amigas, que miraban con desesperación. Por un costado, a moderada distancia, dos guardias se fueron acercando lentamente a la mujer, para tratar de terminar con aquella escena.

— Tranquilízate por Dios —suplicó Nicolás—. ¡Como mierda pudiste pasar la entrada con eso! ¡Guárdalo por favor!

Pero la mujer no hizo caso. Parecía poseída.

— ¡Así que por esta mocosa me dejaste!

Kathy sintió que sus piernas temblaban y que sus ojos se llenaban rápidamente de lágrimas. Estaba aterrada. Jamás alguien le había apuntado con un arma.

— ¡Córtala, por favor! —volvió a suplicar Nicolás.

— ¡Cállate! ¡Esta niñita va a pagar por haberte separado de mí!

La mujer puso el dedo en el gatillo y Kathy sólo cerró los ojos esperando el disparo. Los guardias ya estaban a un paso.

El estruendo hizo retumbar el lugar. Kathy sintió que la empujaban y dio un grito de desesperación mientras abría los ojos. Los guardias se habían lanzado sobre la mujer y ya le arrebataban el arma. Luego, al mirar hacia el lado, la joven sintió una angustia y terror increíble en su pecho. Nicolás se encontraba tumbado de espalda, con su camisa llena de sangre.

Vio que Daniela corría hacia ella. La abrazó tratando de tranquilizarse. Valentina y Camila también llegaron junto a ella y la abrazaron.

Un hombre que dijo ser médico se agachó junto a Nicolás y revisó su pulso. Luego se levantó muy serio para decir:

— No hay nada que hacer

Capítulo 3

2

— Es normal que en situaciones tan dolorosas como la que nos encontramos viviendo en estos momentos, nos preguntemos una y otra vez ¿Dios por qué te lo llevaste? —El sacerdote hablaba con voz profunda, intentado dar solemnidad a sus palabras e intentando transmitir consuelo a través de ellas—. Es normal que tal vez durante algunos días estemos enojados con nuestro Padre Todopoderoso. Pero con el paso del tiempo, comprenderemos que Nicolás está ahora mucho mejor. Está en el cielo por ser un excelente joven, que jamás hizo daño a nadie, y siempre tuvo una gran disposición hacia sus seres queridos. Hoy ya no está entre nosotros, pero siempre vivirá en nuestras mentes, y en nuestros corazones. Adiós Nicolás, hoy te encuentras en el reino de los cielos, y desde allí, de seguro nos cuidarás.

Katherine Orrego contemplaba la escena con tristeza. Aquel sector del cementerio se encontraba abarrotado de gente, lo que a su juicio demostraba lo mucho que querían a Nicolás. Ella no tenía ninguna obligación de estar allí, pero había insistido en ir. Sentía la necesidad de conocer, aunque tan sólo fuera unos breves momentos, a los padres y familiares de aquel joven que había compartido algunas horas con ella.

Camila la acompañaba, y lo agradecía enormemente porque estaba segura de que su amiga no lograba entender la razón por la que ella había querido estar en aquel lugar, y pese a eso no quiso dejarla sola, por si por algún motivo llegaba a sentirse mal.

Una vez que todos comenzaron a marcharse, un joven que llevaba puesto lentes oscuros se acercó lentamente a ella.

— Disculpen —señaló con voz cansada, mientras se quitaba los lentes. En su rostro se veía claramente el dolor que estaba sintiendo en aquellos momentos —. Creí conocer a todos los amigos y amigas de Nicolás, y a ustedes no las había visto antes.

— La verdad es que no nos conoce nadie —dijo Kathy—. Para mí es muy doloroso explicártelo, pero yo fui la última persona que estuvo al lado de Nicolás.

— Tú eres la joven que le avisó a mis padres de lo ocurrido, ¿Verdad?

— Sí —respondió la muchacha un poco nerviosa—, lo conocí sólo aquella noche, pero se notaba que era una persona muy buena.

— Sí, así es. Nicolás era una gran persona. Gracias por haberle avisado a mi familia.

— Disculpa que sea inmiscuida —dijo de pronto Camila, al muchacho—. ¿Tú eres familiar de Nicolás?

— Soy su hermano —respondió él—. Mi nombre es Cristóbal Salazar.

Kathy sintió compasión por el joven que tenía enfrente. Sin duda debía ser muy doloroso perder a un hermano. Al menos es lo que percibía de Camila. Se le notaba que hasta ahora sufría cada vez que recordaba o hablaba de su hermano mayor. ¿Hace cuánto había muerto? ¿Unos dos o tres años? No lo tenía tan claro.

— Mi nombre es Katherine Orrego —señaló—. Y ella es mi amiga, Camila Ponce.

— Gusto en conocerlas —dijo él—. Qué pena que sea de esta forma. En todo caso, gracias por haber venido. Si en algún momento necesitan algo, no duden en acercarse a mí. Manejo un local de fotocopiado cerca de la Catedral. Siempre estoy ahí.

— No te preocupes, y gracias.

— Me siento en deuda contigo. No todas las personas habrían hecho lo que tú. Ir personalmente a mi casa para avisarle a mi familia lo ocurrido. Por eso no dudes en pedirme ayuda, si alguna vez la necesitas. Y gracias de nuevo.

Kathy observó con tristeza como el joven se alejaba y luego abrazaba a sus padres.

A través de la ventana de su pieza, contemplaba a dos niños jugar con agua en la calle. Ambos tenían dos baldes, los cuales cada cierto rato iban a llenar con agua a sus casas para luego volver a mojarse.

El calor era casi insoportable.

Del otro lado de la puerta alguien golpeó dos veces y luego entró.

Daniela volteó a mirar y vio a su padre parado en la puerta.

— Hija, alguien te busca —indicó dulcemente el hombre.

— ¿Quién es?

— Camila y Valentina.

— Diles que pasen.

— Bien. Yo ahora me voy a hacer las clases a mis alumnos de taller de verano. Hoy comienzo.

— Fue bueno que pudieras conseguir este taller.

— Sí, muy bueno, así no pierdo mi costumbre de hacer clases cada viernes, como las que hago habitualmente en el año —se dirigió a la puerta—. Tu madre está abajo por si la necesitas.

— Está bien papá, gracias. «Hoy es viernes, han pasado seis días desde la maldita fiesta»

Se miró rápidamente en el espejo que tenía sobre el velador. Su rostro denotaba claramente que no había dormido bien. Sus ojos estaban hinchados producto de llorar demasiado.

El hombre salió de la habitación e inmediatamente por la puerta entraron Camila y Valentina.

— ¡Hola! —señalaron ellas, con una sonrisa.

— Hola —dijo Daniela, recostándose en su cama.

— ¿Cómo estás?

— ¿Cómo creen? Estoy muy deprimida. Jamás me voy a perdonar lo que pasó.

— Tú no tienes la culpa de lo que pasó

— Sí que la tengo. Si yo no les hubiese hecho esa estúpida apuesta. Kathy jamás habría conocido a aquel joven, por lo tanto, no se habría besado con él y aquella mujer no... —su voz se quebró— no lo habría...

Camila la abrazó con fuerza y comenzó a acariciarle el pelo. Eso la

reconfortó un poco.

— ¿Cómo está Kathy? —preguntó. Sus dos amigas se miraron —. No me quiere ver ni en pintura, ¿Verdad?

— Kathy está bien —respondió Valentina—. Un poco afectada, pero eso es todo.

— ¿Lo dices, en serio?

— Claro —señaló Camila.

— Pero igual no me quiere ver.

— Por el contrario —dijo de pronto Kathy, entrando en la habitación—. Tenía muchas ganas de ver a mi amiga.

Daniela la quedó mirando, estaba sorprendida de verla allí. Se había llegado a convencer que jamás le perdonaría lo que ocurrió. Kathy se acercó a la cama y tomó las manos de su amiga.

— No te culpes por lo que pasó —dijo—. El destino quiso que esa noche Nicolás muriera. De todas formas, la mujer estaba loca, y lo viera con quien lo viera, le iba a disparar igual.

— Pero estaba contigo y por mi culpa.

— No, Daniela —dijo Kathy—. Estaba conmigo porque me gustó. Porque yo elegí estar con él. Y en eso tú no tuviste nada que ver. Por eso quiero que te saques esta depresión. Porque tú no tienes culpa de nada.

— De verdad crees que el destino fue...

— Siempre he creído en el destino

— ¡Oh! Gracias, te quiero amiga.

— Yo también, Daniela.

Las jóvenes se abrazaron largo rato, mientras Camila y Valentina se miraban con alegría. Un celular sonó interrumpiendo la magia del momento y Camila no tuvo más remedio que salir rápidamente de la habitación para ver de quien se trataba. Al contemplar el visor de su teléfono, sonrió. Era Miguel Andrade.

Rubén Briones viajaba en su vehículo a velocidad moderada. Se sentía preocupado por su hija Daniela. Pero estaba consciente que ella lo superaría. Era una muchacha fuerte y siempre que le ocurría algo malo, lograba salir adelante con una fuerza digna de admirar. Sin embargo, había algo que le preocupaba aún más. Aquellos terribles dolores de cabeza que le habían afectado de niño estaban regresando. Pese a ser una etapa superada en su vida, la enfermedad que le afectara años atrás volvía de pronto a él, como si tan sólo hubiese estado aguardando algunos años para reaparecer.

Sintió escalofríos. Aquello que le había afectado cuando era pequeño casi lo llevó al borde de la locura. Incluso sus padres estuvieron a punto de internarlo para siempre, pero alguien lo evitó: la señora Gloria, una amiga de su madre, quien fue la única capaz de descubrir el mal que lo aquejaba.

— Lo que le ocurre a Rubén no es de este mundo —había dicho la mujer—. En el mundo de los muertos existen dos tipos de espíritus, los buenos que cuidan a sus queridos velando por su bienestar, y los espíritus malos. Sombras negras que no aceptan el estar muertas y por tal razón luchan desesperadamente por volver a la vida, y que mejor manera que apoderarse del cuerpo de una persona viva, que a la vez sea la más débil de un grupo familiar.

Se encontraba en el patio trasero de la casa, cuando Rubén los escuchó hablar. Y por supuesto fue una conversación que nadie supo que él había oído.

Oculto entre unas ligustrinas, Rubén había escuchado cuando Gloria les comentaba su teoría.

— Quieres decir que algo quiere a mi hijo —había dicho su madre.

— Sí, un espíritu se quiere apoderar de tu hijo.

— ¿Y cómo puedes estar tan segura?

— Es lo que siento. Además, eso explica los repentinos cambios de conducta de Rubén. Aquella mirada fulminante, la actitud agresiva. No son propias de él, sino de quien entra constantemente en él y quiere arrebatarle su cuerpo.

Su madre se veía demasiado preocupada. Rubén sintió que un hielo se apoderaba de su cuerpo. Se puso muy nervioso por lo que

escuchaba en ese momento.

— ¿Qué podemos hacer? —había preguntado su padre.

— Deben irse de aquí —dijo ella—. Esta casa está muy cargada con la presencia de aquel ser. Y se los digo en serio, váyanse. Es la única forma de solucionar esto, de lo contrario pueden perder a Rubén. Él puede transformarse en un gran peligro. Aunque lo lleven a un montón de psicólogos e incluso psiquiatras, ellos no resolverán el asunto. Simplemente recomendarán internarlo, porque lo considerarán loco.

Rubén sacudió su cabeza tratando de borrar esos recuerdos. Al menos sus padres le habían hecho caso a Gloria y se habían marchado a vivir al sur. Desde ese momento Rubén se había comenzado a recuperar y nunca más volvió a sentir que algo se apoderaba de él, descontrolándolo por completo. «Pero ahora estaba ocurriendo de nuevo».

Si aquellos dolores de cabeza indicaban el retorno de su enfermedad, él y su familia se encontrarían en peligro. Así como todo aquel que lo rodeara.

(Aquella mirada fulminante, y agresividad explosiva no son propias de él)

Pero acaso, ¿Sería posible que aquel espíritu hubiese regresado para terminar su trabajo? ¿O simplemente se trataba de otro ser, que venía por lo mismo? Por lo pronto, tendría que intentar relajarse, y qué mejor que unas horas impartiendo clases. «Como todos los viernes».

Capítulo 4

3

Caminó por entre los árboles hasta llegar a la última pila de ramas que le quedaba. Estaba cansado. Pese a lo rutinario de su labor, sentía que particularmente hoy el día había sido agotador. No había tenido tiempo para jugar ya que su madre le había pedido ir a comprar, y eso le había gastado gran parte de la mañana. No le gustaba quejarse, generalmente era obediente en todo lo que le pedían y nunca reclamaba por nada, pero había sido más pesado el día, y ahora en la tarde debía más encima dedicarse a su trabajo de todas las tardes. Claramente hoy día no habría tiempo de juego.

Algún día saldría de ese pueblo. Por eso siempre se había esforzado en sacar muy buenas notas y ser el primero del curso. A sus diez años, Matías tenía muy claro que la única forma de salir de la pobreza en la que vivían era el que estudiara en la universidad, sacara un título y trabajara para poder sacar de ese pueblo a su madre. De su padre no tenía idea. Nunca lo conoció, y la verdad no le interesaba. Era un tema de él si se quiso largar. Incluso creía entenderlo un poco. Si bien el pueblo estaba inserto en el Cajón del Maipo. Lugar al que muchos "cuicos", como decía su madre, aunque aún no sabía bien lo que quería decir con eso, les gustaba irse a vivir.

Él y su madre vivían en la parte pobre. Esa que nadie recuerda que existe. La que no sale en las noticias que muestran el "lado turístico" de la zona.

Su pueblo estaba compuesto de unas ochenta casas que le llamaban villorrios, más una parroquia y una escuela. La gran mayoría de los adultos le trabajaban a los cuicos de más arriba. Jardineando, limpiando las casas, cortando fruta, etc. Su madre había empezado así, trabajando en una casa, haciendo aseo dos veces a la semana. Pero un día decidió emprender un negocio. Con el dinero ahorrado compró harina, levadura, un triciclo y le pagó a un vecino para que le fabricara un horno de barro. Desde entonces se levantaba a las 6 de la mañana, hacía pan y luego salía a venderlo a los "cuicos" que se lo compraban todo. Si bien la ganancia no era mucha, le servía para vivir sin mayores comodidades, pero al menos no morían de hambre.

A medida que él fue creciendo, pudo empezar a ayudarle a su madre y de esta forma todo el trabajo ya no se lo llevaba ella. Su labor consistía en ir al bosque cercano cada tarde, luego de la escuela, para recoger los palos y ramas con las que hacían el fuego para cocinar el pan.

Allí recolectaba la mayor cantidad de palos y ramas posible. Cuando tenía una cantidad cuyo peso pudiera cargar, los apilaba y amarraba con una pitilla de plástico. Posteriormente buscaba una nueva cantidad de ramas hasta lograr otra pila. Comúnmente armaba unas cinco. Luego se dedicaba a la labor de llevar la primera al hombro hasta su casa, para luego ir por la segunda, la tercera y así hasta terminar.

Miró la pila de ramas que lo esperaba como diciendo: Bravo Matías, sólo quedo yo.

Ya comenzaba a oscurecer, y en el bosque la luz se iba quince minutos antes, por culpa de los árboles. Ya había hecho el cálculo porque más o menos se demoraba unos diez minutos en llegar hasta su casa desde allí.

Se agachó para recoger la pila y sintió la presencia de alguien a su espalda. Era una respiración. Soltó las ramas y volteo a mirar. No había nadie, o no vio a nadie porque seguía sintiendo la presencia de alguien, o algo. Tragó saliva y trató de restarle importancia, pero comenzó a angustiarse.

Tomó las ramas y marchó rumbo a su casa. Caminó rápidamente entre los árboles, pero el sonido de la respiración de alguien a detrás de él, lo hizo detenerse. Algo le decía en su interior que lo mejor era no voltear y simplemente seguir caminando rápido hasta llegar a su casa. Allí lo estaría esperando su mamá con la sopa recién hecha, esa que tanto le encantaba cada tarde. Con zanahoria y fideos, y un chocoso. Un pancito alargado que arriba tenía unos cortes y que su madre se lo hacía especialmente a él.

Sin duda lo mejor era seguir caminando. Pero la respiración se hizo más fuerte «¿O ahora era la respiración de dos presencias extrañas? ¿O tal vez tres?»

Volteó a mirar y lo que vio era absurdo ¿Cómo era posible? Aquellos pares de ojos amarillos que de pronto se convirtieron en cuatro pares. Sintió que su garganta se secaba. No quiso seguir mirando. Debía correr hasta su casa. Lanzó las ramas hacia aquellas presencias y huyó del lugar. No recordaba haber corrido tan rápido en su vida, y sentir tanto miedo. A la distancia ya se veía el pueblo, tan sólo debía seguir corriendo un poco más, pero no le contaría a nadie lo que acababa de pasarle. Su madre no le creería. Mejor llegaría a la casa, se lavaría las manos y se sentaría a la mesa en silencio para tomar su sopa y saborear el chocoso.

Cuando su madre le preguntara por las últimas ramas alguna excusa se le ocurriría. No podía decirle que unos ojos amarillos impidieron

que las llevara, que se asustó tanto que había corrido de regreso.

(Olvídalo, jamás te creerían)

Ya había oscurecido completamente cuando comenzaba a salir del bosque. Pero se vio obligado a detener su loca carrera. Ahí delante de él una terrible criatura de ojos amarillos lo observaba. Le impedía el paso. Debía ir por otro lado, pero no se le ocurrió hacia dónde. Cuando su vista pudo acostumbrarse un poco a la oscuridad, entendió lo que tenía en frente. Cerró los ojos unos segundos y luego los abrió para despertar, porque eso debía ser una pesadilla. Ese tipo de criaturas no existían. Sólo aparecían en los libros de la escuela. No podía ser. Pero al abrir los ojos seguía ahí, y estaba dispuesto a atacarlo.

Volteó para internarse nuevamente en el bosque y al hacerlo sintió que desde atrás lo tomaban por el pelo. Se tambaleó y cayó de espaldas al suelo. Lo último que sintió fue el golpe en la cabeza.

Miguel Andrade era un joven decidido a vivir experiencias únicas. Quizás lo había heredado de su padre, que siempre le contaba historias acerca de sus aventuras cuando joven y había pertenecido a un grupo scout. Se divertía con ellas, y comúnmente se las contaba cuando tenía algunos grados de alcohol en el cuerpo.

Era genial correr riesgos y vivir emociones fuertes. Sentir la adrenalina recorrer el cuerpo, como una especie de cosquilleo y calor en el estómago. Esa era una de las razones por las cuales había entrado a estudiar la carrera de Periodismo. Porque estaba seguro de que, al obtener el título, tendría la posibilidad de investigar lo que a él más le gustaba, los sucesos paranormales.

Cada nuevo misterio, o alguna nueva leyenda que oía por ahí, tenía obligadamente que investigarla, no podía dejarlo pasar. Para ello siempre contaba con la ayuda de su gran amigo Alex Matus. Un joven que si bien, era de una familia acomodada, a diferencia de él que pertenecía un estrato social más bajo, habían hecho buenas migas en la universidad. Además, Alex era amante indiscutible de la fotografía, por lo tanto se complementaban muy bien en sus arranques de investigadores.

Acababa de ver por televisión en el noticiario matutino, un extraño caso en el sector de Cajón del Maipo. La noche anterior, varios animales habían aparecido muertos, sin sangre en su cuerpo. Algunos habitantes decían que se trataba del mítico “Chupacabras”, mientras otros señalaban que se trataba de alguna especie de maldición que había caído sobre la zona. Los más escépticos indicaban que tan sólo se trataba de un

animal salvaje.

Estaba claro que la situación era extraña, y ante eso, no podía dejar de lado la posibilidad de viajar a investigar, aquel fin de semana. Por esa razón esperaba pacientemente el llamado de Alex, confirmándole que podrían usar la camioneta de su padre. En ella viajarían hasta el Cajón del Maipo. Perfectamente podrían haber usado la moto de Miguel, como en otras ocasiones, pero esta noche no serían dos investigadores, sino tres. Camila había aceptado acompañarlos, así que ahora sólo dependía de la camioneta.

El sonido del teléfono lo sacó de sus pensamientos.

— Aló —contestó.

Del otro lado de la línea telefónica se escuchó el saludo alegre de su amigo Alex. Esperaba que eso significara buenas noticias.

— ¿Cómo te fue?

— Muy bien viejito, no hay problema con la camioneta.

El sol ya empezaba a esconderse tras la cordillera de la costa, cuando Alex Matus vio a la muchacha que tenía enfrente. No pudo evitar sentir atracción. Su sentimiento fue estremecedor. Aquella joven era hermosa, su pelo negro combinaba perfectamente con sus ojos café y su rostro moreno. No era alta. Además, tenía un cuerpo que tal vez, no era de una modelo, pero que despertaron en él, los más profundos deseos.

— Ella es Camila. La joven de quien te hablé —dijo Miguel.

— Así que tú también eres amante de los fenómenos paranormales —dijo el muchacho, mientras le daba un beso en la mejilla—. Yo, soy Alex.

— Al parecer Miguel te ha hablado de mí —sonrió la joven, mientras cerraba un ojo a Miguel.

— Lo que pasa es que desde que te conocí, se me ha hecho difícil dejar de hablar de ti.

Alex sonrió, sintiendo envidia de Miguel. Su amigo no era muy atractivo y sin embargo siempre estaba acompañado. En cambio, a él se le hacía muy difícil encontrar pareja.

— Bien, ya que estamos listos —dijo intentando pensar en otra cosa—, subamos a la camioneta, y vámonos de viaje.

Tras media hora, llegaron a un poblado dentro de la zona llamada Cajón del Maipo.

El lugar estaba muy tranquilo y silencioso. Alex creía que, al llegar, se encontrarían con un mar de periodistas tratando de captar una buena noticia, pero se equivocó. Allí no había nadie.

Tal vez uno de los motivos era la hora, ya que al mirar su reloj descubrió que marcaba las dos y media de la mañana.

— ¿Dónde nos quedaremos? —preguntó Camila.

— Creo que podemos quedarnos por allá —Miguel apuntó hacia un sector eriazo.

— Sí, me parece bien —dijo él.

Rápidamente bajaron las cosas de la camioneta y emprendieron el camino hacia el lugar donde pasarían la noche. Sólo cuando llegaron allí, contempló a pequeña distancia una fogata rodeada por hombres. Todos estaban armados. Tragó saliva ya que entendía que eso no era bueno.

— No estamos solos —indicó Camila, con voz un poco preocupada. Miraba hacia la fogata.

Miguel puso atención hacia donde miraban los demás.

— Supongo que son pobladores —dijo—. Luego podemos ir a hablar con ellos.

— Me parece bien —opinó Alex.

Minutos después llegaban al lugar donde se encontraba un grupo de diez hombres. Alex observó que cada uno llevaba un rifle entre sus manos. Todos se notaban muy nerviosos. Como si esperaran que pasara algo en cualquier momento.

— Buenas noches —saludó Miguel.

— Buenas —respondieron todos.

— ¿Quiénes son ustedes? —preguntó uno de los hombres. Su voz sonaba muy seria y molesta.

— Somos universitarios —se apresuró a responder Miguel—. Vinimos a pasar el fin de semana.

— ¿Y acaso no saben lo que está ocurriendo acá? —preguntó el mismo hombre. Al parecer era el líder, en aquel grupo.

— Sí, sabemos algo de unos animales muertos...

— Ya no se trata sólo de animales muertos —interrumpió otro hombre.

— ¿A qué se refiere? —dijo Alex.

— Hoy por la mañana se encontró un niño muerto en la entrada al bosque. Estaba tirado de espaldas en el suelo y le faltaban los ojos. Ha sido terrible lo que pasó y no sabemos que pensar. Su madre está desconsolada.

— ¡Por Dios! —dijo Camila.

— ¿Ustedes han podido ver al tal Chupacabras? —preguntó Alex. Sentía que su estómago comenzaba a revolverse.

— ¡Y cómo saben que se trata de él! ¡Dijeron que no tenían idea de lo que pasa acá!

— Heeeee, la verdad —dijo Alex—, es que vinimos precisamente por lo que pasa acá.

Miguel le dio una mirada fulminante, ya que acababa de meter las patas hasta el fondo. Algo común en él.

(Jamás sabes guardar silencio, ¡jamás!)

— ¿Entonces son periodistas?

— No señor, somos estudiantes —dijo de pronto Camila. Se acercó mientras hablaba y le pasó algo al líder del grupo.

— ¿Qué es esto? —preguntó el hombre.

— Es mi tarjeta estudiantil —dijo ella, mientras guiñaba un ojo a Alex—. Hace poco que salí del colegio y demuestra que no somos periodistas —concluyó la muchacha.

— ¿Pero a qué vinieron entonces? Es muy peligroso que estén

acá.

— No se preocupe por nosotros —señaló Miguel, sólo queremos comprobar que realmente existe ese extraño animal. Es sólo curiosidad de estudiantes ¿Ustedes han logrado verlo?

Alex se sentía como un idiota. Siempre le pasaba lo mismo. Su lengua era más rápida que su cerebro. Al menos Camila había sido muy ingeniosa con su actuar.

— Si lo hubiésemos visto, ten por seguro que ya lo habríamos acabado —dijo otro de los hombres que hablaba por primera vez.

— ¿Y no han venido periodistas? —preguntó Miguel.

— Sí, pero se fueron —dijo otro hombre, mientras limpiaba su arma. Era el único que se encontraba agachado junto a la fogata—. Tienen miedo de la noche. Además, hasta ayer ninguna persona había sido atacada. Cuando se enteren de lo último que pasó, esto se llenará de canales de televisión, se los aseguro.

— Y el niño ¿Se lo llevaron? —dijo Alex.

— Sí, el instituto médico legal lo vino a buscar, mañana lo entregarán a su madre, una vez hecha la autopsia. Esto se ha mantenido en secreto, por eso no hay tanta información en la prensa.

Alex miró a su alrededor, el pueblo estaba muy tranquilo. Silencioso, demasiado para su gusto. Como si confabulara para que el ambiente fuera más tenso aún. Al parecer todos dormían pues el conjunto de casas que componían el pueblo se encontraba en la oscuridad. Sólo una pequeña luz se divisaba a mediana distancia de donde ellos se encontraban.

— ¿Qué hay ahí? —preguntó, mientras apuntaba hacia aquella luz que se encontraba entre varias casas.

— Es una parroquia —respondió el líder del grupo—. Ahí están reunidas algunas familias para rezar.

— ¿Podemos ir? —preguntó Miguel.

— Claro, es mejor que vayan. No deberían estar aquí.

— Vamos —señaló Miguel.

Camila no se movió de su lugar

— Vayan ustedes —dijo—. Yo hace mucho tiempo que ya no entro a una iglesia.

Los dos jóvenes se miraron interrogantes. Miguel tomó del brazo a Camila y se le acercó en una extraña actitud. Se le veía molesto.

Alex se hizo el desentendido, pero miró de reojo ¿Acaso le estaba apretando el brazo a Camila?

— Vamos —repitió Miguel.

La muchacha lo miró a los ojos. Se notaba sorprendida. Alex decidió intervenir ya que no le estaba gustando para nada aquella escena.

— Vamos nosotros —dijo. Se puso delante de su amigo y no le gustó para nada su mirada, pero insistió—. Camila tendrá sus razones para quedarse. Aquí estará acompañada.

— Así es Miguel, no quiero ir. Así que me quedaré aquí.

— Sería mejor que fuera, señorita —dijo uno de los hombres.

— Prefiero quedarme con ustedes. De verdad, no deseo entrar a una iglesia.

Miguel cambió su mirada desafiante y en su rostro dibujó una sonrisa que se le vio muy fingida.

— No me agrada la idea de dejarte aquí.

— No te preocupes —señaló Camila—, estaré bien, descuida.

Alex miró a Miguel y le sonrió encogiendo sus hombros. Ambos emprendieron la marcha con rumbo a la parroquia.

Camila dio un suspiro mientras veía alejarse a los jóvenes, no entraba a una iglesia desde que su hermano, había muerto. Desde aquel día, la joven (una niña entonces) había entendido que Dios, no era como todos lo pintaban, él tenía la culpa de todo.

Lo recordaba como si fuera ayer. Aquella tristeza, ese dolor en el pecho al ver que su madre caía arrodillada junto al teléfono tras haber contestado y oír del otro lado lo que decían. Ver como rompía en llanto. La angustia de no saber qué estaba ocurriendo con ella, y el vacío tremendo que sintió cuando lo supo.

(Tu hermano murió. Se nos fue)

Aquel temblor en sus manos, y en sus labios. Los ojos llenándose de lágrimas, para luego sentir que el mundo se le venía encima y desesperarse en llanto.

(Tu hermano murió)

Ya no estaría más con ella. Jaime no la tomaría de la mano ni la llevaría a tomar helado como cada domingo.

Los días luego de esa impactante noticia fueron terribles. Llenos de soledad. Sin duda ese era el sentimiento más fuerte que la envolvió desde entonces. Sus padres fueron a buscar el cuerpo a la clínica donde había pasado las últimas ocho semanas internado por culpa de aquella extraña enfermedad con la que se había contagiado en su último viaje de investigación. Esa maldita enfermedad que no le interesó a nadie investigar pese a lo ocurrido a su hermano. Por lo que juró algún día terminar lo que Jaime había comenzado.

Tras el funeral comenzó a comprender que existía injusticia en la vida. ¿Cómo era posible que la gente buena muriera y los delincuentes no? ¿Por qué Dios al que tanto rezaba su madre lo había permitido? No era justo y si eso ocurría claramente era porque Dios no es tan misericordioso.

Doce años atrás había decidido que no le importaba Dios, si es que existía uno, y pese a las constantes réplicas y discursos de sus padres, nada la convenció de lo contrario.

Por eso ahora no rezaba, y menos entraba a un templo religioso.

Mientras acercaba sus manos a la fogata, para calentarlas. Camila fue observando los alrededores.

A la distancia se podía ver un conjunto de casas de humilde estructura, mientras que en una zona más lejana se divisaba un sector de parcelas de familias más acomodadas. Por otro lado, hacia el oeste se escuchaba claramente el caudal del río Maipo.

Sintió escalofríos. Sin duda había algo extraño en aquellos

alrededores. Algo que de pronto le hizo sentir mucho temor.

— Tú también lo sientes, ¿Verdad? —preguntó el líder del grupo.

— ¿Qué cosa?

— Aquel extraño frío. Todos lo sentimos. Es como si la muerte rondara por aquí.

(¿Qué es lo que siento precisamente? Hace rato que no me lo pregunto)

— En realidad siento algo extraño —dijo—. Pero no puedo explicar lo que es.

— ¿Cómo se llama?

— Camila Ponce y ¿Usted?

— Soy Pablo Huerta, para servirle señorita.

— ¡Creo que acá está! —se oyó que gritaba un hombre a poca distancia.

— ¡Mierda! ¡Vamos! —gritó Pablo e inmediatamente emprendió la carrera. Los demás hombres lo siguieron sin pensarlo dos veces.

Camila los vio alejarse y sólo segundos después comprendió que había quedado sola. Sin poder evitarlo, sintió miedo por eso.

«Jamás te dejaré sola».

Camila recordó aquellas palabras que le había dicho su hermano en una ocasión. Meses después había fallecido.

La joven comenzó a temblar. No sabía si era por el miedo o el frío. Lo que sí tenía muy claro, era que algo malo iba a ocurrir pronto. Y no estaba segura de si quería ser testigo.

Entonces la vio.

Era una sombra pequeña, y más parecía un bulto moviéndose, que otra cosa. Caminaba hacia los cerros, y pese al miedo, Camila comprendió que debía seguir aquel espectro, o lo que fuera.

Esperó hasta que la sombra tomara buena distancia y emprendió

la persecución. ¿Dónde estaban los hombres armados?

No convenía que ella sola persiguiera al causante del pánico en la localidad. Pero si gritaba pidiendo ayuda, seguramente la sombra se le escaparía. Era una maldita encrucijada.

(De seguro te arrepentirás de esto)

No lo pensó más y emprendió la carrera. Pronto se internó en el bosque, y la luz que proyectaba la luna, desapareció casi por completo. El lugar se encontraba poblado de arbustos, rocas y muchos árboles. Camila apenas podía ver sus manos, pero continuó su camino. Con cada paso que daba, se sentía el crujir de ramas, y a veces éstas eran tan largas que al pisarlas se levantaban en un extremo a la distancia y luego caían haciéndole creer que alguien caminaba cerca de ella. El encender la linterna que llevaba, significaba perder quizás, la única oportunidad de atrapar y descubrir el misterio.

El sonido de una pisada a poca distancia de su espalda la alarmó. Comprendió que no estaba sola, por lo que se vio en la obligación de voltear a mirar. Sin embargo, antes de que pudiera hacerlo, algo la tomó del cuello y le tapó la boca. Camila quiso gritar, pero no pudo.

Pocas veces había entrado a una parroquia. Había visitado algunas iglesias, pero tenía la imagen clara de una estructura más grande. Las parroquias en general, o al menos ésta, eran más pequeñas y en su interior tenía menos decoración. Se notaba en una rápida mirada que esta parroquia en particular era pobre. Construida al parecer por los propios pobladores. Como toda iglesia católica, tenía los mismos implementos que en otras. Dos secciones de bancas, al lado izquierdo y derecho, con un pasillo central que terminaba en un altar cubierto con un género blanco y tras él, un cristo. Eran cinco filas de bancas en cada sección. Unos dos metros de largo cada banca. Construidas con madera sin cepillar, lo que le daba un aire rústico. En las paredes se divisaban diversos cuadros. Miguel supuso que representaban las doce estaciones.

(Hay cosas que no se olvidan desde la primera comunión)

Del techo colgaban dos pequeñas lámparas que iluminaban tenuemente el lugar, ya que de las cinco ampolletas que componían cada una de ellas, sólo dos se encontraban encendidas.

Miguel caminó unos pasos e inmediatamente pudo sentir la angustia y miedo al interior de la parroquia. Pese a tratarse de un lugar

religioso en el que se busca consuelo, las personas en su interior mostraban preocupación a través de sus ojos.

Había dos grupos de personas, uno en cada sección de bancas. Se podía ver que estaban rezando en silencio.

Varios lo quedaron mirando un momento, de seguro él era el único extraño en ese lugar.

Continuó caminando lentamente hacia el altar. Nunca había sido muy bueno para la religión. En las clases de catecismo le costaba poner atención, y en su primera comunión pasó una gran vergüenza de la que pocos fueron testigos. Durante todo el lento recorrido para llegar hasta el padre del que recibiría la ostia, fue tratando de recordar lo que debía decir. Sabía que algo tenía que decirle al padre, pero no podía recordar qué. Los nervios se apoderaron de él, y cuando quedó tras la persona que estaba recibiendo la comunión, pudo escuchar que decía "Amén". Suspiró aliviado, eso era lo que debía decir, pero no puso atención de cuándo debía hacerlo. De manera tal que, al momento de estar frente al padre, abrió la boca y recibió la ostia.

— Cuerpo de cristo —dijo el padre.

Sólo entonces recordó que él debía decir Amén, antes de recibir la ostia, y no después, así que para arreglarlo tomó la mala decisión de decirlo igual ya con la ostia sobre su lengua. Fue así como un pedazo de ostia saltó de su boca y fue a parar directo a los pies del padre que lo miró con ojos acusadores. Bajó su cabeza avergonzado y al mirar hacia un lado, de reojo pudo ver que dos diáconos se reían de él de manera disimulada.

Aún recordaba lo pésimo que se sintió ese día. Pero ahora lo tomaba como una anécdota divertida. Se descubrió sonriendo mientras sacaba aquel recuerdo de su cabeza. Entendió que no era un buen momento para sonreír.

Al llegar al altar se detuvo a contemplar el cristo. La imagen no era muy grande, tal vez de un metro de altura. No era la típica imagen de la crucifixión. Se trataba de Jesús, pero vestía túnica y se encontraba con los brazos abiertos, invitando a la esperanza.

Esperaba que la gente de la parroquia pudiera sentir esa esperanza, pero tras lo ocurrido era demasiado difícil.

Volteó a mirar para hablarle algo a Alex y sólo entonces descubrió que éste no se encontraba con él, como supuso. Y al parecer nunca entró

al lugar.

Dio media vuelta y comenzó a caminar hacia la puerta cuando un grito fuera de la parroquia y a poca distancia, lo alarmó. Alguien al parecer había encontrado aquella cosa.

El joven fue soltando lentamente su mano y dejó de ejercer presión hasta liberar completamente la boca de Camila. Ella lo miró de reojo con expresión de alivio.

— ¿Por qué hiciste eso? —susurró.

Alex le sonrió y le habló en voz baja.

— Sabía que te asustarías —dijo—. Podrías haber gritado y de esta forma, haber hecho escapar a aquella cosa que está allá adelante.

— ¿Cómo me encontraste?

— Te vi caminando hacia acá.

— ¿Y Miguel?

— Lo dejé en la parroquia.

— Al parecer el hombre que gritó haber visto esa cosa, se equivocó. Todos los hombres corrieron hacia otro lado.

Alex la miró detenidamente. Le pareció increíble el sonido de su voz susurrante, la forma en que sus labios se movían al hablar. La imaginó susurrando su nombre, sentada desnuda sobre él, haciéndole el amor. Le encantaba aquella joven y sabía que tal vez eso sólo le traería problemas.

Camila bajó la mirada, sonrió un momento y luego dio la espalda. Alex vio que delante de ellos, a unos metros de distancia, intentando esconderse entre los arbustos se encontraba una silueta negra.

Camila se volvió hacia él nuevamente y lo miró. Le habló muy bajito.

— ¿Qué crees que sea? Es peligroso que la enfrentemos nosotros. No se me ocurre más que llamar a los demás, pero eso la espantará ¿Se

te ocurre algo a ti?

Mientras Camila hablaba nerviosamente, él sacó de su mochila el artefacto que lo acompañaba a todas partes cuando iba de excursión. Su padre se lo había regalado al cumplir diez años.

— ¿Qué es eso?

— Una ballesta. Sirve para lanzar flechas.

Sacó una flecha de su mochila y la colocó en la ballesta, mientras le explicaba a Camila cómo se hacía.

— ¿Qué pretendes hacer?

— Atrapar a esa cosa —dijo él.

Alex apuntó detenidamente durante unos segundos. En su mente sabía que, seguramente una flecha no le haría nada a lo que tenía frente a él. Pero debía intentarlo. Sin esperar más, puso el dedo en el gatillo de la ballesta y disparó.

Un quejido muy parecido a los de un hombre, se oyó a la distancia, y la sombra cayó al suelo, desplomada.

Corrió rápidamente hasta ella, mientras Camila lo seguía. Al llegar junto a aquel bulto negro, el joven se acercó muy lento, en guardia, esperando que aquello le saltara encima en cualquier momento y tal vez lo mordiera. Lo movió con su pie, dando golpecitos, y entendió que algo extraño había en aquella criatura. Se agachó junto a él y lo examinó.

— Pero ¿Qué Diablos? —dijo.

— ¿Qué ocurre?

Alex registró unos momentos el bulto y luego lo movió y le quitó lo que al parecer era simple ropa negra.

— Esto es lo que ocurre.

— ¡Mierda! —exclamó Camila.

Ambos estaban sorprendidos. La sombra que habían perseguido no era más que un hombre vestido con tela negra, y que ahora presentaba una flecha clavada en el brazo.

Alex no podía salir de su asombro. ¿Cómo era posible que este sujeto causara todo lo ocurrido?

— ¿Quién eres? —le preguntó. Segundos antes lo había amarrado a un árbol.

— Ahhh, mierda. Mi nombre es Manuel —dijo el sujeto, quejándose. Respiraba agitadamente.

— ¿Y por qué has hecho esto? ¿Por qué aterrorizas a la gente con tu jueguito?

—Soy dueño de un camping…necesitaba dinero para…para pagar mis deudas —tragó saliva y tomó una bocanada de aire—. Han llegado muchos turistas para… lograr ver al "Chupacabras". Ellos siempre necesitan alojarse en al…algún camping y el dinero que pagan es bas…bastante.

Alex movió la cabeza de un lado a otro. No lograba entender la estupidez que estaba escuchando. Miró a Camila. Se le notaba tan sorprendida como lo estaba él.

— ¡Eres un imbécil! ¡Has matado muchos animales! ¡Incluso mataste a un niño!

— ¡Qué! ¡No, no! ¡Yo no ataqué a ningún niño! Es…es cierto que he matado animales, pero les…les juro que jamás haría daño a un niño.

— Será difícil probar eso —dijo de pronto Camila—. Estás frito. Cuando le mostremos a la gente la cagá que te mandaste, será tu fin. Te van a linchar.

— No, por favor. No dejen que lo hagan. Llévenme a la cárcel. Pero no me entreguen a la gente.

Los dos jóvenes se miraron. Alex sabía que aquel sujeto merecía un castigo por parte de los habitantes del pueblo. Pero en realidad, tampoco estaba dispuesto a que eso ocurriera.

Se acercó al sujeto y le quitó las amarras que lo sujetaban al árbol. Y ese momento lo aprovechó el hombre. Realizó una rápida maniobra y propinó un fuerte puñetazo en el rostro del muchacho. Alex

cayó de espaldas, soltando la ballesta.

Desde el suelo vio que el hombre corrió unos metros, pero algo lo detuvo.

El viento se había intensificado y Alex tuvo la certeza de que algo malo iba a ocurrir. Primero se escuchó una especie de rugido combinado con gemidos agudos y extraños. De entre los arbustos saltó furtivamente algo que sus ojos no pudieron descifrar.

A la distancia, Alex vio algo increíble, salido de una película. Su instinto le hizo pararse rápidamente y empujar a Camila entre los arbustos. Ambos cayeron y se ocultaron.

Camila creyó que su respiración se detendría. ¡Aquello no podía ser cierto! ¡Era la respuesta a su gran duda de si las situaciones extrañas o fenómenos realmente existían! ¡La respuesta que su hermano siempre buscó!

Esto marcaba un antes y un después para ella. Claramente no podría dejar de investigar sobre este tipo de cosas. En un intento por asegurarse de estar despierta se arrastró hasta Alex y le tomó la mano.

Él la miró unos segundos, luego la abrazó. Ambos vieron con horror, cómo la criatura iba directa hacia ellos.

Capítulo 5

Ciudad de Concepción, (Año 2018)

El movimiento brusco del avión la sacó repentinamente de sus recuerdos. Parecía como si todo aquello había ocurrido ayer. Extrañamente tenía la sensación de haberlo vuelto a vivir. Incluso se sentía asustada. Otro movimiento del avión volvió a estremecerla. Miró hacia los asientos del lado convencida de que aquella criatura aparecería de pronto y la devoraría ahí mismo, sin piedad.

"Tripulación, estamos próximos al aterrizaje"

Trató de calmarse. Sabía que aquel mensaje indicado por el piloto señalaba que apenas debían quedar unos diez minutos para que el avión aterrizara.

Pronto vería a su amiga, y eso al parecer la ponía más nerviosa que la experiencia vivida con aquella criatura. Su corazón estaba acelerado. Los cincuenta minutos de vuelo entre Santiago y Concepción se le habían hecho muy cortos. Aquellos pasajes su adolescencia se habían apoderado de ella, llegando como un torbellino a su mente. Incluso había recordado ciertas cosas que estuvieron en el olvido por mucho tiempo.

El avión aterrizó en la pista con un suave golpe de sus neumáticos. Había sido un vuelo tranquilo. Era verano y el clima ayudaba en eso. No como en invierno, donde en más de una ocasión había tenido que aguantar las ganas de gritar con las múltiples sacudidas producto de las turbulencias.

Minutos después salía por la puerta de llegada de pasajeros con el corazón en la mano. Hacía más de cinco años que no veía a quién había considerado su mejor amiga. Y saber que ahora podría estrecharla en sus brazos y de esta manera terminar con aquélla promesa de nunca más verse, la tenía temblando. Pero de pronto le pasó una idea en su cabeza. ¿Y si no se reconocían? Camila Ponce movió la cabeza, no, en realidad eso no era posible ¿Cómo iban a estar tan cambiadas? Observó entre un grupo de personas y divisó a una joven de cabello rojizo que le hacía señas. Entonces su corazón se aceleró y se inundó de alegría. ¡Era

Daniela!

Rápidamente Camila corrió hacia ella y dejando los bolsos en el suelo la abrazó con todas sus fuerzas.

— ¡No puedo creer que te tenga frente a mí! —gritó.

— ¡Yo tampoco, pero así es! —señaló Daniela— ¡Después de tanto tiempo volvemos a encontrarnos!

— Pero cuéntame, ¿Estás casada, tienes hijos, estás trabajando?

— Calma, calma —dijo Daniela, sin parar de sonreír—. Viajaremos al lugar donde vivo y allí hablaremos tranquilamente, de todo lo que hemos hecho hasta ahora. Hay mucho que contar, al menos de mi parte. Por ahora te daré pildoritas.

Hora y media después, a medida que avanzaban por la carretera, Camila encontraba más y más bello los parajes que le rodeaban. Era todo un paisaje rural, con mucho colorido. Si bien por su trabajo había estado varias veces en Concepción, nunca le había tocado viajar a Chillán. A ella toda la vida le había encantado el campo y pese a eso, era la primera vez que viajaba hasta un lugar así, ya siendo adulta.

— ¿Y dónde vives? —le preguntó a Daniela.

— Disculpa, hemos hablado de tantas cosas durante el trayecto que creí habértelo dicho. Vivo en un sector llamado Valle Las Trancas.

— ¿Tienes alguna especie de cabaña como en las películas? — preguntó Camila.

— Algo parecido —Daniela sonrió—. La verdad es que vivo en el mismo lugar donde trabajo. Es una empresa dedicada al Ecoturismo. Y allí nos tienen cabañas para los funcionarios.

— Pero ¿Vives acompañada?

— Por suerte no. A cada persona le tienen una cabaña distinta.

— Deben tener bastante dinero como para tenerle una cabaña a cada uno.

— Lo que pasa es que no me expliqué bien. Los Guías de Ecoturismo somos tan sólo cuatro y los demás funcionarios que trabajan en el Hotel son cincuenta. Ellos tienen habitaciones en el mismo Hotel y compartidas. Claro, no de lujo como para los turistas, pero son muy

bonitas.

— Entiendo —dijo Camila. A lo lejos divisó un grupo de vacas que pastaban.

Mientras continuaban el viaje. Camila siguió observando con alegría y asombro los colores del paisaje campestre. Una hora después pasaron frente al hotel que había mencionado Daniela y después llegaron frente a su cabaña. Rápidamente bajaron las cosas de la camioneta y entraron.

— Es bastante grande —indicó Camila—. La cabaña tenía dos dormitorios relativamente amplios, más una cocina tipo americana, living y comedor— Por lo que veo te ha ido bien amiga ¿Cómo conseguiste este trabajo? Me extrañó cuando te autonombraste como "ecoturista".

Al escuchar aquella pregunta Daniela sintió una clavada en su pecho. Hacía mucho que no hablaba de ello. Por eso se puso triste y se acomodó en el sillón del living. Camila se acercó y se sentó junto a ella, preocupada.

— ¿Dije algo malo?

— No, no te preocupes. Lo que ocurre es que me acordé de algo. Algo que no sabes. Pero sin duda debes haberte preguntado una cosa.

— No te entiendo.

— Cuando tuvimos que separarnos, años atrás…

A su mente vino la imagen de Valentina tumbada sobre el barro. Se estremeció.

— Oh, Dios —interrumpió Camila—. Ha pasado tanto tiempo y aún no olvido esa noche. No había vuelto a hablar de eso hasta ahora.

Daniela tragó saliva

— ¿Recuerdas que iba a casarme con Iván?

— Así es… y tienes razón al señalar que ya me había preguntado por qué razón no estás con él.

— Es una historia larga de contar, y tiene estrecha relación con mi decisión de estar aquí y no en Santiago.

Camila acercó su silla a la de Daniela y le tomó las manos. Sin

duda había mucho de qué conversar.

— Si quieres contármela, adelante —dijo—. Creo que tenemos mucho tiempo.

— Lo haré, pero antes debes acompañarme. Hay alguien que debes conocer.

«Juro, por Apolo el médico, por Esculapio y por Hygeia y Panacea, y por todos los dioses y todas las diosas, poniéndolos de jueces, que este mi juramento será cumplido hasta donde tenga poder y discernimiento. A aquel quien me enseñó este arte, le estimaré lo mismo que a mis padres; él participará de mi mandamiento y si lo desea participará de mis bienes. Consideraré su descendencia como mis hermanos, enseñándoles este arte sin cobrarles nada, si ellos desean aprenderlo. Instruiré por precepto, por discurso y en todas las otras formas, a mis hijos, a los hijos del que me enseñó a mí y a todos los discípulos unidos por juramento y estipulación, de acuerdo con la ley médica, y no a otras personas.

Llevaré adelante ese régimen, el cual de acuerdo con mi poder y discernimiento será en beneficio de los enfermos y les apartará del perjuicio y el terror. A nadie daré una droga mortal aun cuando me sea solicitada, ni daré consejo con este fin. De la misma manera, no daré a ninguna mujer supositorios destructores; mantendré mi vida y mi arte alejado de la culpa.

No operaré a nadie por cálculos, dejando el camino a los que trabajan en esa práctica. A cualquiera cosa que entre, iré por el beneficio de los enfermos, absteniéndome de todo error voluntario y corrupción, y de lascivia con las mujeres u hombres libre o esclavos.

Guardaré silencio sobre todo aquello que, en mi profesión, o fuera de ella, oiga o vea en la vida de los hombres que no deba ser público, manteniendo estas cosas de manera que no se pueda hablar de ellas.

Ahora, si cumplo este juramento y no lo quebranto, que los frutos de la vida y el arte sean míos, que sea siempre honrado por todos los hombres y que lo contrario me ocurra si lo quebranto y soy perjuro.»

Al bajar del bus, el doctor Pablo León sonrió. Había recordado el juramento hipocrático con más ánimo que nunca. Miró a su alrededor y

recién se dio cuenta que apenas amanecía. Todavía se veía un poco oscuro y a lo lejos tras los cerros, el cielo comenzaba a verse más claro. Se sentía feliz de estar allí para comenzar la labor de ejercer la medicina en aquel remoto pueblo al sur de Chile. Se había titulado hace un año y le había tocado esa localidad para ejercer como médico general. Además, debía dirigir el funcionamiento del primer Centro de Salud Familiar que se acababa de construir en el pueblo. Tal vez se trataba de un trabajo no muy bien remunerado, como muchos de sus amigos dijeron. Pero a él le interesaba otra cosa, el "servicio". Esa era la única razón para haber estudiado medicina, y bueno… también aquel episodio vivido en su pasado.

(Deja de recordar eso)

Abrió el papel que llevaba en su mano y leyó lo que se encontraba escrito de su puño y letra: Las Acacias # 241. En aquella dirección encontraría a David Riquelme, el alcalde del pueblo. Él se encargaría de llevarlo al lugar que desde hoy sería su hogar. Tomó su bolso y alzó la vista. Al ver a una mujer que salía de un almacén, tomó aire, exhaló y caminó hasta ella. Seguramente ella podría orientarlo para ubicar la calle que buscaba.

Diego Sánchez era un chico de 13 años, delgado, moreno y unos claros, heredados de su abuela. Era el único de los nietos que había logrado tener los mismos ojos y eso lo hacía sentirse bacán. Se creía más grande de lo que era, con una personalidad bastante extrovertida. Era muy seguro, pero pese a eso, comenzó a ponerse nervioso en aquel lugar. Ya llevaba varios minutos perdido de su padre, y eso no le estaba gustando.

El bosque le encantaba. El amanecer era increíble en esa zona del pueblo. Si caminaban apenas unos diez kilómetros hacia la cordillera de Los Andes, se comenzaba a pisar la nieve que aún no se derretía del invierno anterior. Desde aquel lugar podía verla claramente. Sin duda aquella zona del valle era hermosa. Y más le gustaba cuando venía al lago a pescar con su papá, como ahora. Por lo general lo hacían cada una vez al mes. A él le tocaba organizar las cosas para el viernes, de manera tal que cuando su padre llegaba a casa, echaban todo en la camioneta y partían por el fin de semana. Le fascinaba aquello. Tal vez por la compañía de su padre, o por el paisaje del lugar, o quizás ambos. No lo sabía muy bien.

(Pero ahora tienes miedo)

Miró hacia sus alrededores y sólo pudo ver los árboles y arbustos. Hace un rato ya que estaba perdido. Esto no era bueno. Caminaba lentamente y el sonido del crujir de ramas a poca distancia lo ponía cada vez más nervioso. Se sentía observado. No podía decir con exactitud lo que sentía, pero se convenció que alguien lo estaba mirando. Y no era su padre.

(Algo me vigila)

— ¡Papaaaa!

A lo lejos tan sólo escuchó el eco de su propia voz que le respondía por entre la gran cantidad de cerros a la distancia.

Más abajo se lograba divisar el destello de unos rayos de sol sobre el agua del río.

— ¡Diego, ven! —se escuchó decir de pronto a la voz de un hombre. No muy lejos de allí.

— ¡Papá, donde estás!

Diego sintió que el susto y la desesperación comenzaban a desaparecer.

— Estamos todos por aquiiiiiiiii

Eran varias voces. Sonaban extrañas, inhumanas, avejentadas. Pero también grotescas. No sabía distinguir si de verdad las había oído, o sólo estaban en su cabeza. Ahora sí se aterró al punto que sus piernas comenzaron a temblar.

— Ven hacia el interior del bosque, te rescataremos.

Las voces esta vez sonaron casi con eco ¿Eran reales? Diego se sintió hipnotizado. Hizo caso y emprendió la marcha por entre los arbustos, pero entonces algo lo detuvo. Al mirar entre los árboles comprendió que debía estar soñando porque aquello, simplemente no podía ser real.

El pánico se apoderó de él y quiso correr, pero comprendió con terror que ¡no podía moverse! Por más que lo intentaba, ni siquiera lograba mover los dedos de las manos.

De verdad este tipo de miedo existía. Ese que te deja paralizado, sin moverte. Lo había experimentado una vez cuando vio frente a su casa

que dos perros atacaban al gatito regalón de su madre y lo destrozaban, repartiéndoselo entre ellos. Aquella vez no pudo hacer nada, quiso ayudar al animalito, gritarles a los perros que se fueran, salieran de ahí, pero ni la voz le salió. Sólo podía observar la grotesca escena, el bultito de sangre entre el hocico de los perros. El pánico fue más grande y lo paralizó por completo. Ahora, le estaba ocurriendo lo mismo.

(Me atraparon ¡Voy a morir!)

Aquello entre los arbustos, que ya no era uno, sino cuatro, comenzaron a avanzar hasta donde Diego se encontraba. Entonces el muchacho cerró los ojos.

— ¿Diego, estás por ahí? —se volvió a oír la voz de su padre, a la distancia.

Diego deseó que su padre llegara y lo salvara, pero en el fondo sabía que eso no ocurriría. No llegaría a tiempo, aquello que lo tenía paralizado ya estaba ahí, tras él. Podía sentirle su respiración, su presencia. Sintió que algo lo tumbaba de espaldas en el suelo. El golpe en su cabeza fue lo suficientemente fuerte para que la vista se le nublara. Vio que unas sombras se acercaban a su cara y lo observaban. Sintió que se orinaba en los pantalones. Aquella sombra se acercó más a él, sostuvo su frente y entonces comenzó a arrebatarle la vida. Al menos él lo sintió así, porque fue perdiendo la fuerza y la energía de luchar contra lo que lo sujetaba. Se quedó casi sin respiración. Cuando quiso abrir los ojos nuevamente, ya no pudo. Su último pensamiento fue pedirle a Dios que lo recibiera en el cielo, mientras sentía que caía como en un pozo. Luego, no supo más.

La pequeña Sofía miró a los demás compañeros de la escuela. Ya se alistaban para irse a casa con sus padres. Sonrió. Pensó lo mucho que le gustaba estar allí, ya que todos le caían muy bien. Estaba acostumbrada a pasar la mayor parte del día en aquel lugar, aunque en realidad daba lo mismo. Entre todos sus compañeros se hacían compañía. Incluso ya comenzaba a oscurecerse cuando los iban a buscar. Pero no le importaba mucho, pues al final le gustaba eso. El único problema era que ese lugar estaba poseído…

Miró hacia uno y otro lado, para tratar de ver si los "Lúminos", como les llamaba, andaban por ahí. Pero no los divisó.

Sintió escalofríos. Recordó la escena como si hubiese sido ayer. Aquella vez, debió quedarse en la escuela hasta más tarde porque su

mamá se demoró en ir a buscarla. Una de las tías decidió acompañarla.

— Bueno Sofía, tendré que perderme la teleserie mientras te cuido —le había dicho.

Ambas se quedaron en la sala mientras llegaban a buscarla. Pasó un rato y el patio de la escuela comenzó a oscurecerse. Sofía contempló con un poco de pena, como el sol se perdía tras los cerros.

Cuando miró por la ventana y vio que las primeras estrellas se presentaban en el cielo, la tía salió un rato al baño y le dijo que estuviera ahí, tranquila.

Se concentró en su dibujo, sólo faltaba colorear el techo de la casa que había dibujado.

Entonces los sintió en el patio.

Primero fueron unos ruidos raros. Parecían pisadas. Luego una especie de chillidos. Podrían haber sido gatos, pero aquellos no parecían los tiernos maullidos de un gatito. Se levantó de su asiento y se acercó lentamente a la ventana que daba hacia el patio de juegos. Sus ojos se abrieron con sorpresa. Pestañeó rápidamente y se asombró al ver muchas siluetas que bajaban del gran árbol plantado en una esquina del patio, era como si volaran. Una luz los envolvía. Se podía ver claramente mientras salían de entre las ramas del árbol. Siempre contaban historias de que ese árbol había estado allí plantado, mucho antes que construyeran la escuela y que no habían querido arrancarlo porque tenía muchos años y era casi sagrado. Aunque ella no entendiera lo que eso significaba, al parecer era importante porque simplemente dejaron el árbol exactamente donde siempre estuvo.

Se agachó para ocultarse ¿Qué podían ser? La curiosidad la obligó a mirar nuevamente. Eran varios, y alcanzó a ver que sus rostros eran horribles.

Quiso gritar. Sus ojos se llenaron de lágrimas. Sintió que su corazón palpitaba mucho más rápido, y su garganta se secó. Supo que debía ocultarse, no la podían ver ahí. Aquellas cosas eran malas, estaba segura de eso. Podía sentirlo.

Pero no reaccionó rápido.

Las siluetas de pronto se iluminaron, y se dejaron ver más horribles aún. Uno de los seres volteó repentinamente y la miró directamente a los ojos. Sofía intentó moverse y el pánico no se lo permitió. Estaba aterrada. Sus ojos se llenaron de lágrimas. Aquel ser

comenzó a avanzar directamente hacia ella sin despegarle la vista.

Pudo ver que sus ojos eran amarillos, amarillos y horribles. El ser avanzó más rápido, como si corriera ¿o acaso volaba? ¡Y ella no podía moverse! En segundos, el ser se lanzó hacia la ventana y abrió mucho su boca, sin duda para atravesarla y comérsela.

El sonido de la puerta a su espalda, le puso la piel de gallina ¡También estaban detrás de ella!

— Sofía —dijo alguien

Reconoció la voz y sin darse cuenta cómo, volteó a mirar para descubrir que se trataba de la tía. Sólo entonces pudo moverse. Miró nuevamente hacia la ventana y vio que no había nada. El patio estaba vacío. Corrió hacia la tía y la abrazó.

Lloró desconsoladamente.

Más tarde su tía le había contado a su mamá que se había asustado y que por eso había llorado. Claro que no le contó la parte en que la había dejado sola unos minutos.

Días después Sofía le contó a cada una de las tías, que los "Lúminos" (Así decidió llamarles porque parecían brillar en la oscuridad), eran malos, y se estaban apoderando de a poco de la escuela. Pero las tías se habían reído. Desde entonces no volvió a mencionarles el tema. Tampoco quiso decirle a su madre. También podía no creerle.

Pero sus compañeros sí le creyeron.

— Yo también los he visto —dijo Alberto un día.

Desde entonces comprendió que los "Lúminos", no eran producto de su imaginación. De verdad existían, y creía que algo malo estaban planeando.

— ¡Chao Sofía! —dijo un compañero.

La niña alzó la vista, saliendo así de sus recuerdos. A la distancia, Omar movía su mano.

— Chao —dijo ella.

La niña miró hacia la salida de la escuela para divisar si ya habían llegado a buscarla, pero no vio a nadie. De pronto sintió tristeza, y miedo.

Rogó porque pasaran luego a buscarla. No quería esperar nuevamente hasta que oscureciera. Del miedo pasó a la pena, porque ella no era igual que el resto de sus compañeros. Sentía que algo le faltaba, y así era. No tenía papá. Si lo tuviera, podrían turnarse entre su mamá y su papá para ir a buscarla. Pero no era así, y su mamita debía hacerse cargo sola, y muchas veces llegaba tarde.

Tragó saliva.

Volvió a mirar hacia la salida. En su rostro se dibujó una inmensa sonrisa. Su madre había llegado a buscarla, pero venía acompañada de una persona que nunca había visto. Corrió hacia su mamá y le dio un fuerte abrazo. La quería mucho porque sabía que su mamá también la quería.

Mientras la levantaba y estrechaba a su hija con los brazos, la joven le dio un beso en la mejilla y luego la bajó. Daniela Briones tomó de la mano a la niña y le habló a su amiga:

— Camila, esta es Sofía, mi hija.

El golpeteo incesante en la puerta lo alarmó. El doctor Pablo León se encontraba leyendo con el reconfortante sonido de la lluvia. Le encantaba aquel sonido, era relajante, y no se habría imaginado que en verano pudiera llover en aquella zona. Así que había decidido aprovechar ese momento que le daba la naturaleza y así leer un rato. Pero la insistencia del golpeteo en la puerta lo había interrumpido. Bajó rápidamente al primer piso y abrió. Frente a él vio todo mojado al hombre que le había dado la bienvenida en la mañana. El alcalde del pueblo entró sin siquiera pedir permiso. En su rostro se veía la angustia.

— ¿Qué le ocurre? —preguntó el doctor.

— Hay un problema —señaló el alcalde con la voz muy acelerada—. Hace poco encontraron a un niño tirado en el bosque y queremos que usted lo examine. Tiene algo extraño. El problema es que debido a la hora y sumado al que algunos reporteros se encuentran merodeando el consultorio, tuvimos que traerlo directo aquí. Espero no le importe.

Pablo tragó saliva. La situación era extraña, pero después tendría

el tiempo para entenderlo mejor.

— No, para nada —dijo— pero tráiganlo, no perdamos tiempo ¿Dónde está?

El alcalde abrió la puerta, hizo un gesto y al instante entraron tres personas cargando a un niño de unos once o doce años.

— Acuéstenlo en el sillón —dijo el doctor— ¿Quién lo encontró?

— Entre varios lo buscamos —respondió un hombre. Su cara mostraba mucha aflicción—. Pero finalmente lo encontré yo. Soy su papá.

— ¿Cómo se llama el niño?

— Diego…Diego Sánchez.

— Alguien traiga por favor del baño, unas toallas. Debemos secarlo.

Pablo buscó en su maletín. Tomó el estetoscopio y se lo acomodó. Le sacó la camiseta al niño y se sorprendió de verlo tan pálido. Pero omitió algún comentario. No quería alarmar más al padre. Las toallas llegaron así que lo secó y luego comenzó a auscultarlo.

— ¿Cómo lo encontró?

— Anoche andábamos pescando. Acampamos en el bosque. En la mañana salimos a caminar y de pronto él desapareció. Lo busqué todo el día y sólo hace media hora logré encontrarlo. Estaba tumbado en el suelo en medio del bosque, inmóvil. Le hablé y no quiso reaccionar. No ha dicho una palabra desde que lo encontré, no ha hecho ni un gesto ¡Nada! ¡Está como paralizado!

Mientras escuchaba el relato, Pablo revisó lentamente sus constantes vitales. Todas normales, examinó sus ojos, revisó sus reflejos, pero todo estaba en orden.

(Jamás vi algo así)

Finalmente, decidió probar haciéndole algunas preguntas, pero el niño no respondió a ninguna de ellas.

— ¿Qué es lo que tiene? —preguntó el padre.

— No lo sé.

— ¡Pero si usted es doctor! —dijo el hombre.

— Sí, señor Sánchez, soy doctor. Podría tener hipotermia y eso ser la causa de tenerlo así. Pero de acuerdo con el examen físico, el niño pareciera no tener nada. Respira normal, sus pupilas están bien, su pulso y ritmo cardiaco estables. Al menos no es evidente lo que causa su parálisis. En todo caso debo hacer algunas pruebas de sangre. Pero eso sólo puedo hacerlo en el CESFAM.

— Entonces tendremos que hacerlo mañana —indicó el alcalde.

— ¿Qué dice? —se sorprendió el papá de Diego.

— Entiéndelo —dijo el alcalde mientras le daba unas palmaditas en el hombro—. No podemos ir ahora. Todavía hay algunos periodistas fanáticos, por culpa de aquella turista española. Y sabrán al instante que algo raro está pasando y no nos dejarán tranquilos. No puedo permitir eso.

— A mí sólo me interesa que mi hijo se mejore.

— Creo que la salud de este niño está por encima de aquellos reporteros —dijo Pablo.

David Riquelme se frotó la cara. Como autoridad de aquel pueblo no podía permitir un caos. Sin duda estaba pasando otra vez, Pero no entendía por qué.

(Ellos me mintieron)

Miró a todos los presentes en la habitación, luego observó al niño que no presentaba ningún rasgo de enfermedad. Si seguían apareciendo casos como los de aquella turista española, las cosas se pondrían feas para el turismo de la zona. Aunque…, pensándolo bien, también podían dejar mejores divisas aquellos extraños casos, dada la curiosidad de la gente. Esto podía beneficiarlo. Hizo una mueca.

— Está bien. Vamos —dijo, por último.

Afuera la lluvia se dejaba caer de manera implacable. Algunos truenos hacían que Camila a ratos se sobresaltara. Creía que en verano aquella zona no recibía lluvias, al menos no como esa.

Daniela apareció desde el pasillo y se sentó en el sofá frente a ella. Camila la miraba con otros ojos desde que se había enterado de la existencia de Sofía.

— ¿Qué está haciendo?

— Se quedó viendo tele —respondió Daniela. Hizo una pausa para comentar algo que le daba vueltas en la cabeza—. Siento que me miras extraño —dijo.

— Sí, supongo que esto cambia mi manera de verte —señaló Camila— ¡Daniela eres mamá! ¡Eso es grandioso!

— Así es, es grandioso. Sofía es lo más hermoso que me pudo haber pasado.

Camila sospechaba algo y no podía guardárselo, tenía que preguntar al respecto.

— Ella es...

— Sí —la interrumpió Daniela, sabiendo lo que imaginaba su amiga—. Ella es lo más hermoso que me dejó Iván. Es su hija.

— Uff —Camila se tomó la cabeza, intentado entender—, y supongo que no lo sabe.

— Nunca me atreví a llamarlo y decírselo. Sin duda que ahora él debe tener su vida formada. Capaz que esté hasta casado y tenga otros hijos.

— ¿Y Sofía no pregunta por él?

— Todo el tiempo. Pero sabe que existe y que no pudimos quedarnos juntos.

— ¿Le contaste eso?

Camila estaba sorprendida. Se paró del sillón y caminó hasta la mesa. Se sirvió un vaso de jugo.

— Es mejor que haberle inventado que estaba muerto, como en las teleseries —dijo Daniela.

— ¿No será porque aún guardas la esperanza de que algún día te encuentres con él?

Daniela se pasó una mano por el pelo. Muchas veces lo había pensado. Se había imaginado distintas escenas en las que Iván la encontraba y le pedía regresaran.

— No lo sé —dijo—. Pero lo que sí sé, es que amo a mi hija, así como aún amo a Iván. Lo que tenga que pasar algún día, que pase. Lo dejo todo en manos de Dios.

— Tal vez ese día esté más cerca de lo que crees. Pese a que no creo que Dios tenga que ver con algo de esto —dijo Camila, muy seria. Luego sonrió. Su amiga merecía ser feliz, y con el hombre que amaba.

— Tal vez.

Un nuevo trueno esta vez más fuerte que los anteriores, hizo que Camila se asustara mucho más— Es demasiado impresionante la lluvia —comentó, mientras dejaba escapar un suspiro. Se paró hacia la ventana y miró a través de ella. Ya había oscurecido—. Que lata que aquí también llueva en verano.

— Así es, pero por lo menos sé que mañana estará despejado —señaló Daniela.

— ¿Cómo lo sabes?

— Bueno, porque hace tiempo vivo aquí, y por lo general en el verano llueve un día y luego no llueve hasta en tres o cuatro semanas, incluso más —respondió Daniela.

El golpeteo en la puerta las alarmó a ambas. Daniela miró a Camila y luego observó su reloj. Eran casi las diez y media. Se encogió de hombros.

(Sabes que a esta hora no puede ser nada bueno)

— ¿Quién será? —se preguntó en voz alta.

Rápidamente se acercó a la puerta y la abrió. Afuera, un joven empapado la quedó mirando con cara de preocupación.

— Emilio, hola, pasa rápido —lo saludó la joven.

— Hola —saludó él.

— ¿Qué pasa? —preguntó Daniela.

El joven se pasó la mano por la cara para secársela y luego miró a

las dos muchachas que esperaban interrogantes.

— Pensé que te interesaría saberlo. Hace muy poco encontraron a un niño en el bosque, y presentaba las mismas condiciones de tu turista.

— ¡Por Dios! —exclamó Daniela— ¿Cómo te enteraste?

— Ayudé a buscarlo. Su padre lo había perdido en el bosque. Daniela, el niño no reaccionaba. También parecía un muerto en vida, tal como me contaste.

Al oír aquellas palabras, algo hizo clic en Camila Ponce dio unos pasos hacia atrás y sintió que su corazón comenzaba a latir más rápido. Se tapó la boca con sus manos.

— Un muerto en vida —susurró—, un…muerto en vida… como mi hermano —señaló luego en voz alta y con la garganta seca, mientras se pasaba la mano por el pelo.

— Así es —dijo Daniela, mirándola. Le tomó las manos—. Esa es una de las razones por la cual te busqué.

— ¿Por qué no me lo dijiste antes?

Daniela miró a su amiga con preocupación, no sabía cuál sería su reacción. Pero fuera cual fuera, la entendería. Ella sabía muy bien toda la historia ocurrida con el hermano de Camila.

(¿Cuándo había sido que me lo contó?)

Sentía como si ella misma, tuviera algo que ver con eso. Emilio ya se había ido, pero extrañado por lo que había mencionado Camila. Sin embargo, ahora estaban a solas y podían conversar abiertamente.

— No lo sé —dijo—. Supongo que no quise preocuparte tan luego. Buscaba una buena forma para explicártelo. Espero que no te molestes.

Camila caminó de un lado a otro por el interior de la cabaña. Afuera la lluvia se dejaba caer con más intensidad.

— Prepararé café —indicó Daniela mientras caminaba a la cocina—. Creo que será una noche larga.

— Creo que necesito algo más fuerte, amiga ¿Tienes algo?

Luego de abrir y cerrar unas cuantas puertas de muebles en la cocina, Daniela apareció con una botella de whisky en la mano.

— No pensé que la abriría algún día —dijo— Es con miel. Me la regalaron para navidad.

— Guau. Creo que servirá.

Camila tomó la botella y se sentó en el sillón y suspiró. Dos lágrimas comenzaron a rodar por sus mejillas.

— Cuando a mi hermano le ocurrió todo esto —dijo con tristeza—, fue en una localidad llamada Lo Oculto.

— Lo sé —señaló Daniela, desde la cocina. Segundos después le ofrecía un vaso a su amiga—. Una vez me lo contaste. Aunque no recuerdo cuando. Esa localidad de la cual hablas es este mismo lugar, el mismo pueblo. Con la diferencia que ahora se llama Las Trancas. El alcalde decidió cambiar el nombre porque era poco atractivo para los turistas. Sin embargo, el lago sigue manteniendo el nombre del pueblo: Lo Oculto.

— ¡Vaya! —reaccionó Camila, segundos después. No podía creer que estuviera en el lugar donde su hermano, Jaime, había contraído aquella extraña enfermedad que lo había llevado meses después a la muerte.

— ¿Cómo no recuerdo el lugar?

— Quizás estabas muy pequeña cuando viniste.

— O tal vez simplemente lo borré de mi memoria —Bebió un sorbo de whisky—. Esto está bueno —dijo.

Daniela bebió de su vaso. Era extraña la memoria. Cómo algunas cosas podían ser recordadas y otras no. En alguna revista había leído algo sobre la memoria selectiva.

— Puede ser —dijo.

— Siento pena, amiga —señaló Camila con su voz quebrada.

— Lo sé. Tengo claro de lo mucho que te afecta esto. Siempre me dijiste que tu finalidad de estudiar periodismo era precisamente algún día investigar sobre qué fue lo que le ocurrió a tu hermano. Sin embargo, no entiendo por qué nunca lo hiciste.

Camila miró a los ojos a su amiga. Sintió una angustia tremenda en su alma y quiso romper en llanto, pero se contuvo.

— Eso que acabas de decir es lo que me da pena. Siempre señalé que algún día averiguaría lo que le pasó a Jaime, pero no lo hice. Al final me convertí en una periodista más, tratando de hacerme famosa y olvidé por completo a mi hermano. Y ahora tú, después de cinco años sacas el tema a relucir.

— Perdona, no pensé que...

— No, no tengo nada que perdonarte, amiga. Es más, te agradezco que siempre te hayas preocupado por mí y no olvidaras lo que te conté. Hoy me has dado fuerzas para volver a ser quien era. Y te pido que me ayudes. Porque de una vez por todas, averiguaré lo que pasó con Jaime.

— Me alegra oírte…y…se me había ocurrido algo, pero no sé si estarás de acuerdo.

Camila la miró con cara de interrogante, pero no emitió ningún comentario.

— Creo que necesitamos ayuda, y pienso que deberíamos llamar a nuestros antiguos amigos.

Camila sonrió.

Capítulo 6

Ciudad de Buenos Aires, Argentina

Está feliz de volver a casa. Más aún de encontrarse en esos momentos en un lugar tan hermoso, lleno de árboles y aire puro. Ha logrado mucho éxito como escritora en el exterior, cuatro de cinco libros convertidos en bestseller no estaba mal. Pero siempre la nostalgia la invadía, y eso la motivó definitivamente a volver. Ahora camina lentamente, con los brazos estirados respirando pausadamente todo el aire de la naturaleza, alejada de cualquier preocupación que pueda afectarle. De pronto alza la vista hacia el cielo, y contempla el hermoso color azul que presenta aquella mañana. Luego dirige su vista hacia los cerros y divisa el acantilado, entonces se estremece de angustia, una de sus grandes amigas se aferra a una pequeña roca, tratando de no caer. Siente una desesperación tremenda, quiere correr hacia aquel lugar y tratar de ayudar a su amiga, pero sus pies ¡no se mueven! De pronto todo está claro, ella tiene que estar allí, con su amiga, para ayudarla, pero ¡no puede moverse! Observa sus pies que han desaparecido bajo la tierra. Un grito repentino la alerta, vuelve a mirar hacia el acantilado, pero su amiga ya no está. Ha caído.

— ¡No! —gritó Katherine Orrego mientras abría los ojos.

— ¿Qué pasa amor? —preguntó el hombre a su lado, mientras encendía la luz de la lámpara en el velador.

Se encontraban acostados en la habitación de su casa, en Buenos Aires. Kathy temblaba y sudaba. Miró a su esposo y lo abrazó con fuerza, sintiendo que su corazón palpitaba muy rápido.

— Tuve una pesadilla —suspiró—, pero fue demasiado real, era como una especie de premonición. Muy parecida a una que tuve hace muchos años atrás.

— Bueno, cuéntame.

Kathy se apartó de él y lo miró fijamente a los ojos. Entonces lo tuvo todo claro. No podía perder más tiempo.

— Amor, después te cuento del sueño, ahora debemos regresar a Chile —señaló.

Su esposo enarcó una ceja.

— ¿De qué hablas?

— Mis amigas me necesitan —prosiguió la muchacha—. Creo que debemos reunirnos porque algo va a pasar.

Valle Las Trancas, Chile

Raúl Muñoz era un tipo semi delgado, pero con abdomen abultado, se podría decir. Aquella panza la había criado desde hace varios años a punta de cerveza. Pero debía ser artesanal, no aquellas del supermercado, sino comprada al único proveedor exclusivo del pueblo, su amigo Esteban. Lo conocía de años, desde mucho antes que se le ocurriera la brillante idea de fabricar su propia cerveza, aburrido de las porquerías que le vendían en las tiendas. Lo admiraba por eso, porque simplemente un día se cansó y decidió investigar e investigar en cuanto libro y video encontró hasta que dio con un sabor único. Primero la fabricó para sí mismo y compartirla con sus amigos, pero luego entendió que no era mala idea vender a las licorerías del pueblo, que se abastecían mucho más cada verano esperando a los turistas.

Raúl no servía para dedicarle tanto tiempo a eso. No era tan comprometido con algo, y por eso se había divorciado hace diez años ya. Sus hijos ya tenían sus propias familias y entendía que su mujer no le despertaba nada, por lo que había decidido cortar por lo sano y separarse.

Más o menos en esa misma época (tal vez un año después), Esteban había comenzado a fabricar la cerveza y se habían unido mucho más como amigos, él le comenzó a ayudar en el transporte a cambio de unas cuantas botellas al mes, para su consumo personal.

Aquella mañana salió muy temprano rumbo a su amigo, pero al no encontrarlo en su cabaña, y tampoco en la bodega donde fabricaba las cervezas, comenzó a buscarlo por los alrededores.

— ¡Esteban! —gritaba cada cierta distancia recorrida, convencido de que

su amigo se encontraba cerca.

Pasó media hora buscándolo, pero no había indicios de él. Ni siquiera su perro andaba por ahí. El bicho de la preocupación comenzó a anidarse en la boca de su estómago. Después de todo, Esteban había quedado de visitarlo días atrás. El hombre le enseñaría el sabor de una nueva cerveza que estaba fabricando, pero al ver que, pasado cinco días, nunca fue a su casa, decidió visitarlo él. Ahora se extrañaba no encontrarlo en ningún lado, por lo que comenzó a recorrer más allá de la parcela. Tal vez lo encontraría cazando en el bosque.

Cuando Raúl, luego de caminar varios minutos por el bosque, vio entre el barro y las hojas del suelo un rifle abandonado, sintió preocupación. Lo levantó y al observarlo comprendió que era de Esteban.

— ¿Qué diablos? —se preguntó. Su amigo nunca dejaba ese rifle cuando salía por el bosque.

Caminó hasta unos arbustos y la imagen que vio lo sorprendió. En el suelo entre algunas ramas y hojas, el perro de Esteban se encontraba muerto, con el cuello ensangrentado. A su cuerpo le faltaban las dos patas traseras.

— ¡Esteban! —volvió a gritar, esta vez alarmado. Sin duda algo malo había ocurrido allí.

Se arrepintió de haber dejado pasar tantos días para visitarlo. Más encima las noticias de los extraños casos que estaban ocurriendo en el pueblo le hacían pensar en lo peor.

Corrió por entre los arbustos ágilmente y al cabo de unos minutos comprendió que se había extraviado del camino. No sabía hacia dónde ir. Avanzó unos pasos, jadeando, casi sin aliento. Un charco de color rojo sobre las hojas húmedas le hizo detenerse. Su corazón se aceleró ¿Qué era ese charco?

(Vamos, tú sabes que es sangre)

El charco estaba junto a un árbol, y algo le decía que mirara hacia arriba, pero estaba seguro de que no le gustaría lo que vería. Votó el aire de sus pulmones y se decidió mirar. Al levantar su cabeza una mueca de horror se dibujó en su rostro.

— ¡Por Jesucristo! —dijo casi con asco.

El cuerpo de un hombre se encontraba colgado de los pies en la rama de un árbol, a poca altura. Tenía el cuello cortado, del cual aún goteaba

sangre.

Su estómago se revolvió al observar el cuerpo con mayor detenimiento. Fue entonces que lo reconoció. Esteban Méndez, su amigo de tantos años, había sido degollado.

Aeropuerto de Ezeiza, Buenos Aires, Argentina

Acaba de subirse al avión, y mientras se abrochaba el cinturón, vio que sus manos temblaban.

— Cálmate amor, estás demasiado nerviosa.

Miró a su esposo que siempre le había hablado con esa calma y ternura. Lo amaba por sobre todas las cosas y sentía que era muy injusta en arrastrarlo con ella. Porque Katherine Orrego estaba convencida que no les esperaba nada bueno a dónde iban.

— No te preocupes —dijo, intentando de mostrar un poco de calma—. Es sólo el nerviosismo por volver a Chile después de tantos años.

Cuando las turbinas del avión se encendieron y el avión comenzó a moverse lentamente para posicionarse en la pista, Katherine comprendió que había vuelta atrás. Si todo salía bien vería pronto a sus amigas, lo que sin duda era fantástico, aunque su sueño no lo reflejara de esa forma.

Sintió que la mano de su esposo tomaba la suya, lo miró y le regaló una sonrisa, luego cerró sus ojos intentando relajarse y tal vez si tenía suerte, dormir un poco. Les esperaban casi dos horas y media de viaje hasta el aeropuerto de Pudahuel en Chile, y no le vendría mal. Sin embargo, lo primero que vino a su mente fue la imagen de sus amigas, todas en el cerro San Cristóbal tomadas de la mano. El recuerdo era un poco difuso, pero se fue aclarando cada vez más hasta transformarse en una serie de recuerdos…

Capítulo 7

Región Metropolitana (2002)

Katherine Orrego comprende que aquel momento ya lo ha vivido. Recuerda perfectamente haber estado con sus tres amigas, todas tomadas de las manos mientras se prometían jamás separarse, tal como ahora. Sin embargo, no es todo igual. La vez anterior se encontraban en un cerro, ahora en cambio, se encuentran a orillas de un río, en un lugar que no conoce.

Luego de hacer la promesa, se abrazan. Están muy contentas, aunque Katherine sigue sintiendo algo extraño, como si presagiara un problema.

Repentinamente se escucha un disparo a la distancia, y todas quedan intrigadas ¿Quién ha disparado? De pronto Valentina comienza a pelear con Daniela por algo. Pero Katherine no logra entender de qué se trata la discusión. Para colmo de males, el suelo comienza a temblar muy fuerte. Las jóvenes miran hacia el suelo y descubren con horror, que varias grietas llenas de fuego se abren en él, separándolas a todas. Un grito se oye a la distancia. De pronto una de sus amigas ha desaparecido, pero extrañamente no logra saber quién es...

Katherine despertó sobresaltada. Estaba empapada en sudor. Aquella pesadilla había sido demasiado real. Era como si le quisiera dar un mensaje, algo que quizás iba a ocurrir, pero ¿Qué? Encendió la lámpara de su velador y miró el reloj. Eran casi las tres y media de la madrugada.

(¿Acaso no es entre las tres y tres y media que ocurren cosas raras?)

La joven suspiró preocupada, se levantó y fue hasta la cocina, intentando hacer el menor ruido posible. No quería despertar a sus padres. Se sirvió un vaso de agua y bebió un sorbo. En su cabeza intentaba recordar con exactitud el sueño que acababa de tener. Caminó hasta el living y se sentó. Se intentaba concentrar, pero no podía. Las imágenes del sueño le

volvían como una tormenta ¿Por qué ese disparo?

Se levantó del sofá y decidió volver a su habitación. Una vez dentro comenzó a recorrerla de un lado a otro. Los nervios ya empezaban a invadirla. En un intento por relajarse recorrió su habitación con la vista. Tenía múltiples diplomas colgados en la pared. Había obtenido varios premios por su participación en encuentros literarios.

(Estimada Srta. Katherine Orrego, le informamos a usted que ha sido premiada con el primer lugar en el concurso de cuentos de ciencia ficción, de la revista Laura, en la categoría de "Futuras promesas de la narrativa)

Sonrió por ese recuerdo. La carta le llegó un martes y había sido su primer logro como escritora emergente. Le encantaban las historias, le gustaba todo aquello relacionado con una buena historia contada, ya sea en un cuento, novela o incluso cine. Tenía claramente el don de escribir y a ella le encantaba hacerlo.

Al seguir contemplando la pared cubierta de varios diplomas y reconocimientos, su mirada se centró en una foto enmarcada, en la cual aparecían ella y sus tres amigas. Fue entonces cuando se quedó casi sin respiración, pues tuvo la certeza que aquel sueño que acababa de tener era una premonición. Y le quería alertar que, por alguna extraña razón, algo iba a separar a ella y sus amigas, para siempre.

Se sentía extraña. Después de varios días transcurridos, no podía quitarse de la cabeza aquella pesadilla, la tenía preocupada. Pero otra situación que le preocupaba y desconcertaba, era el que no podía dejar de pensar en Cristóbal, el hermano de Nicolás, a quien había conocido en su funeral. Incluso a veces soñaba con él por las noches.

Katherine no entendía lo que le pasaba, pero supo qué era lo que debía hacer. Se cambió la blusa, se arregló el pelo frente a su espejo un instante y luego salió de la casa.

Media hora después caminaba por la plaza de armas de San Bernardo. En su estómago sentía un pequeño calor y las manos le temblaban. Se encontraba nerviosa. Había decidido ir a ver a Cristóbal al local de fotocopiado del cual él le habló el día que se conocieron. No había planeado ninguna excusa para presentarse frente al muchacho. Tal vez le podía decir algo como: "Caminaba por aquí y decidí pasar a saludarte". O quizás: "De pronto me di cuenta de que estaba frente a tu trabajo y decidí

entrar.”

En realidad, ni ella misma se convencía de las ideas que inventaba en su mente, mientras caminaba. Cuando estuvo frente al local, sus músculos se tensaron. Estuvo a punto de desistir, pero finalmente entró.

Cristóbal se encontraba comentándole algo a una muchacha sentada frente a un computador. Le daba instrucciones al parecer.

Katherine lo contempló un instante. Tenía buen físico. Se notaba que hacía ejercicio. Además, era guapo sin duda, y claramente le iba bien con las mujeres ya que la joven con la que estaba no paraba de mirarlo y sonreírle. Le estaba coqueteando.

Después de unos minutos, Cristóbal se apartó de la muchacha y sólo entonces vio a Katherine y sonrió. Se acercó a ella y la saludó con un beso en la mejilla.

— ¿Qué te trae por acá? —le preguntó.

— La verdad no lo sé —dijo Kathy—. De repente sentí ganas de venir a ver cómo te encuentras.

— Bueno, un poco mejor. Gracias por preocuparte. Volver a trabajar me ha servido mucho.

— ¿Y tus padres?

— También están mejor. Resignándose poco a poco ¿Estás apurada?

— No ¿Por qué?

— ¿Prefieres dulce o salado?

Kathy sonrió intrigada por la pregunta. Enarcó las cejas mientras decidía.

— Creo…que…dulce

— Te invito a comer algo por acá cerca. ¿Te parece?

— Mmm...me parece genial

Una hora después, acababan de comer un trozo de pastel cada uno, acompañado de una taza de café. Kathy miró a Cristóbal a los ojos. El joven era apuesto, tenía los ojos de color claro y su rostro aparentaba

unos veinticinco o tal vez veintiséis años. Hombros anchos y la camisa que llevaba puesta le quedaba ajustada, insinuando sus brazos un tanto musculosos, aunque no exagerados. De pronto se avergonzó por estarse fijando en él.

Cristóbal le hablaba con total libertad acerca de sus estudios universitarios en Ingeniería Informática. Carrera que llevaba estudiando hace dos años. También le contó acerca de su vida y sus gustos.

— Siempre he soñado con sacar adelante un gran proyecto informático.

— ¿Cómo qué?

— No sé, algo como lo que se ve en las películas. Tal vez un software que maneje la seguridad de algún banco, o un edificio público. Cosas como esas.

— Vaya, que entrete, pero ambicioso.

— Sí, es un desafío, y eso es lo que me atrae. Por lo general lucho hasta conseguir lo que quiero y me gusta.

Kathy lo miró unos segundos directamente a los ojos. Sin duda sentía una gran atracción por aquel muchacho. Y tampoco se trataba de que Cristóbal fuera un modelo como los de las revistas, pero algo le hacía sentir cosquillas en el estómago. Si hubiese tenido el valor suficiente hace rato se habría lanzado sobre él para besarlo. Pero debía guardar la compostura, ella era una joven tranquila. Al menos eso siempre repetía su madre.

Estuvieron mucho rato conversando sobre sus proyectos de vida. El tiempo se les hizo corto y por ello Cristóbal ofreció acompañarla hasta su casa.

Cristóbal era un tipo encantador y a Kathy sin duda le atraía. No podía negarlo, le gustaba mucho. Lo encontraba muy guapo. Además, era inteligente, se notaba que tenía las ideas muy claras y tenía proyecciones y objetivos definidos. No le cabía duda de que a ese muchacho le iría bien en la vida.

Cuando estuvieron frente a la casa, ella sentía que el corazón se le iba a escapar en cualquier momento. Se despidió de él con un beso en la mejilla, aunque deseaba mucho más que eso.

— Gracias —dijo—. Lo pasé muy bien.

Le dio la espalda para abrir la puerta de su casa y entonces sintió que la tomaban de los hombros. Al girar quedó con su rostro rozando el de Cristóbal. Ya ninguno lo pudo seguir evitando. Lentamente sus labios se unieron en un apasionado beso.

Cuando llegó a su casa, Cristóbal se sentía genial. Estaba demasiado contento de haber conocido a Kathy. Era una joven preciosa, y le atraía mucho. El beso había sido exquisito y lo repetirían sin duda. Pero también sentía que el destino era extraño.

(Debido a la muerte de tu hermano, la conociste)

Al entrar a la casa vio a sus padres sentados y se acercó a ellos para saludarlos. Pero inmediatamente entendió que algo raro pasaba. Se percibía en el ambiente del lugar.

— ¿Qué sucede?

Fue su padre quien habló primero.

— Te estábamos esperando, hijo. Hay algo urgente que tenemos que decirte. Es una decisión que hemos tomado.

— ¿De qué se trata?

— Siéntate.

— De acuerdo mamá, pero me están asustando.

El joven se acomodó en uno de los sillones. Tragó saliva. No recordaba haber visto tan serios a sus padres. Al menos con algo que tuviera que ver con él.

(Ya sí, una vez, cuando quebraste los ventanales, cuando chico)

Los miró. Se notaba el cansancio en sus rostros. La muerte de Nicolás les había afectado enormemente.

— Nos iremos a vivir a Antofagasta —dijo su padre—. Y tú nos acompañarás.

— ¿Cómo? ¿Por qué?

(Dejarías de ver a Kathy)

— Marcharnos de la capital es lo único que nos ayudará a tu padre y a mí, para superar la muerte de tu hermano.

— ¿Y qué pasará con mis estudios en la Universidad?

— Puedes continuarlos allá.

— ¡Vaya! Lo tienen todo muy bien pensado ¿Verdad?

— Así es —dijo su madre—. Lo hemos pensado mucho. Además, no hay nada que nos amarre a esta ciudad.

Cristóbal movió la cabeza de un lado a otro. Era ridículamente injusta la escena que estaba viviendo. Tener que dejar de ver a Kathy, cuando recién comenzaba a conocerla. Eso era lo que más le molestaba.

— Entiendo—dijo, por último. No valía la pena discutir, y explicarles que acababa de conocer a una joven extraordinaria.

Sintió una increíble angustia que comenzaba a apoderarse de él. Acababa de convencerse de que el destino era extraño. Extraño y cruel.

Capítulo 8

Pese a que ya habían transcurrido más de dos semanas desde la tragedia en la discoteca, Daniela Briones aún sentía como si hubiese sido ayer. Algunas veces cerraba los ojos y podía ver claramente a aquella mujer apuntándole a Kathy. Pero al menos estaba tranquila. Su amiga no estaba enojada con ella y eso le hacía sentir alivio. Jamás se habría perdonado el perder su amistad.

Aquel episodio había sido aterrador. En aquel momento se había convencido de que le dispararían a su amiga y resultaría muerta. La vio tirada en el suelo, se la imaginó sangrando, agonizante, sufriendo de dolor. Lo bueno es que nada de aquellos pensamientos que se le vinieron a la cabeza en ese entonces, se había convertido en realidad.

Cerró los ojos y suspiró tratando de sacarse el recuerdo. Lo mejor de estar sola en casa, era el poder pensar en su vida y los proyectos que tenía en mente. En dos días más daría la Prueba de Aptitud Académica, y tendría que irle bien si quería estudiar la carrera de Publicidad. Lo había decidido hace un año y sabía que podía lograrlo. Se convenció luego de que en clases tuvieran que exponer sobre un producto escogido por la profesora de administración de empresas. Con sus amigas (Obvio) conformaron el grupo que promocionarían un shampoo. Rápidamente fue ella quien tomó el liderazgo y se descubrió que tenía pasta para todo aquello. Un mes después tenían grabado hasta un comercial casero, junto a varios afiches, spot radial, entre otros. Había sido una experiencia muy enriquecedora que le hizo entender dónde estaba su vocación.

Lo mínimo que podía sacar para poder ingresar a la carrera de publicidad eran setecientos puntos. Pero confiaba en sí misma. Durante todo el año se había preparado muy bien, y se sentía segura. Nada le impediría obtener un puntaje menor a ese.

Cuando finalizó el programa que estaban pasando en la televisión y que a ratos observaba sin tomar mucho en cuenta, decidió salir a dar una vuelta en el automóvil de su padre. Esta vez, pese a ser viernes, él lo había dejado en casa por si hacía falta.

Tomó las llaves de encima de la mesita de la cocina y al cabo de unos minutos, se encontraba conduciendo por Gran Avenida, rumbo a Santiago.

Le encantaba manejar, y pese a que hace muy poco había sacado licencia de conducir, ya se consideraba una conductora ejemplar.

De pronto tuvo una idea. Iría a buscar a su padre al colegio. De esta forma le daría una sorpresa y de seguro él la invitaría a tomar algo.

Ella pediría café con pastel. Le hacía falta.

Tenía una relación increíble con su padre. Siempre habían sido cercanos, desde pequeña fue su héroe, salían al cine, caminaban por la plaza cercana a su casa, y a pesar de que muchos le decían que se alejaría de él a medida que fuera creciendo y entrando a la etapa de la adolescencia, eso no ocurrió y sentía que ahora eran más cercanos que nunca. Lo amaba demasiado.

Media hora después, tras estacionarse en el lugar reservado a los profesores del colegio. Daniela bajó del automóvil y se dirigió directamente a la oficina de la Dirección. Caminó por un largo pasillo de pastelones hasta que llegó donde se encontraba la secretaria. No sintió vacilación alguna en entrar a la oficina y consultar por su padre. Se lo imaginaba saliendo de alguna sala y dejando cualquier cosa que estuviera haciendo para acudir a ella, cuando le avisaran que estaba ahí. Pero lo que Daniela no había previsto era lo que la secretaria le respondió:

— El profesor Briones hace bastante tiempo que no viene por acá los viernes, desde que las clases y talleres para adultos terminaron hace…ummmm —buscó en el techo con su mirada, como si ahí hubiera más información al respecto—…casi un año más o menos. Ahora sólo trabaja de lunes a jueves.

Ella se quedó de pie con estúpido asombro.

— ¿Está…está segura?

La inexpresiva mirada de la secretaria se desvió hacia la polera ploma, con un dibujo del ratón Mickey que llevaba puesta la muchacha. Luego la miró directo a los ojos y le respondió con desagrado.

— Segura, señorita.

— ¿Sabe si hace clases en otro colegio los viernes?

— No tengo idea.

(Es una pregunta estúpida, lo sabes. Como hija debieras saber eso)

Caminó como un fantasma hasta el vehículo de su padre. El tiempo se le hizo eterno. Fue la caminata más larga de su vida. Se subió al auto y diez minutos más tarde se encontraba tras el volante, recorriendo calles sin rumbo fijo. Sin darse cuenta ni de las luces, ni del tráfico que la rodeaba. Manejaba por inercia, mientras su conciencia viajaba a un lugar lejano mientras sus manos y pies, como una especie de robot, accionaban los controles del automóvil, frenaban en los semáforos en rojos, señalizaban los giros. No había ningún sitio al que quisiera ir, sólo deseaba no bajarse

más del vehículo.

Sin darse cuenta cómo, se encontró conduciendo por una avenida lateral a la carretera 5 Sur, la cual no estaba pavimentada. Las sacudidas del vehículo al pasar por algunos baches no la sacaron de su estado hipnótico.

Pero algo sí lo hizo.

Siguió avanzando lentamente por la avenida hasta que quedó frente a una casa de color crema, con protecciones en las ventanas y reja de color negro. Allí se quedó contemplando perpleja a la pareja que vio fuera.

No supo cómo llegó ahí, precisamente ahí. Más adelante pensaría que era el destino, o una maldita coincidencia. Su padre besaba apasionadamente en los labios, a otra mujer.

Daniela no pudo creerlo, se quedó helada. Era como si de pronto el peso del mundo entero le cayera sobre los hombros. Tuvo múltiples visiones. Su padre llevándola al cine años atrás cuando ella aún era una niña. Su padre besando cariñosamente a su madre. Los tres, sobre una montaña rusa en Fantasilandia. Los tres acampando en el bosque. Siempre habían sido felices.

(Quizás no siempre)

De pronto Daniela comenzó a temblar y sintió frío. Un mar de lágrimas estalló por sus ojos. Quiso en un momento bajarse del auto y gritarle a su padre que era un desgraciado, pero luego meditó un poco mejor y apretó el acelerador, emprendiendo la marcha a toda velocidad.

Su madre estaba profundamente dormida cuando oyó entrar a su papá a la casa. Daniela se encontraba sentada a oscuras en un sofá del living. Había estado sentada de esta forma durante dos horas sin moverse.

Al regresar a casa, Daniela tuvo que disimular muy bien la rabia y frustración frente a su madre. No podía hacerla sufrir con aquella noticia. Por lo menos ella no sería quien le contaría de aquella traición de su padre, al menos no hasta hablar con él.

Rubén Briones entró a la casa sigilosamente. Al ver todo en penumbras quiso pasar directamente a su habitación, pero repentinamente la luz del living se encendió.

— Te estaba esperando.

Rubén se sorprendió al ver que su hija lo observaba sentada en un sillón.

— ¿A mí, por qué? ¿Te sientes bien?

— ¿Por qué vienes llegando tan tarde?

— Tuve que reemplazar a un colega en el colegio ¿Querías hablar conmigo?

Daniela cerró los ojos y los apretó fuertemente. Luego los abrió.

— Así es, quería hablar contigo. Por eso hoy decidí darte una sorpresa y fui a buscarte al colegio —Su padre alzó su mano izquierda y se pasó la mano por el pelo, dando un suspiro. Luego apretó fuertemente los labios—. La secretaria me dijo que hace casi un año no das clases los viernes —continuó Daniela.

Rubén miró a su hija a los ojos. Ya había sido descubierto. No sacaba nada con negarlo.

— Como me sentí tan confundida, comencé a dar vueltas en el auto y terminé conduciendo en la Avenida La Vara, junto a la ruta 5 Sur.

— Por Dios.

Rubén se dejó caer en el sofá de enfrente y se pasó ambas manos por la cara. Estaba perplejo.

— ¿Cómo puedes hacerle esto a mi madre?

— ¿A qué te refieres?

— ¡Te vi papá! ¡Te vi besando a esa mujer! ¡Tienes una amante!

— ¡Sí, es verdad!

— ¿Cómo puedes hacerle esto a mi mamá? Yo creía que ustedes eran felices.

Rubén se paró rápidamente de su asiento. Comenzó a sentir que esto no iba por buen camino, quiso ser cauto en su actuar, pero no lo

logró.

— Ahora supongo que entiendes que no los somos. Tu madre tiene mucha culpa en esto —se le salió sin pensarlo.

— ¡Eres un cínico!

— ¿Qué pasa? —preguntó de pronto Mónica, bajando la escala. Se había levantado al oír gritos— ¿Por qué está discutiendo el parcito?

Rubén se aterró al escuchar las siguientes palabras de su hija. Claramente ella estaba decidida a terminar con todo esto.

— Mamá, mi padre debe decirte algo que ha ocultado por mucho tiempo, y de lo cual hoy, yo me enteré.

— ¿De qué se trata?

Rubén se sintió como un ratón acorralado en una esquina.

— De nada amor, Daniela exagera —dijo justo en el momento en que un agudo dolor comenzaba a invadirle el sector del cuello, subiendo rápidamente hasta su cabeza. Se preocupó.

La joven lo miró con asombro, no podía creer que fuera tan canalla y siguiera mintiendo. Luego su mirada viajó rápidamente a su madre.

— Mi papá te engaña. Tiene una amante, hoy lo vi besando a esa mujer.

Rubén sintió que una extraña fuerza se apoderaba de él, como tratando de arrebatarle el aliento y el cuerpo.

— Hija, me parece una broma de muy mal gusto.

— ¡No, mamá! Jamás te haría una broma con algo tan delicado.

El dolor se alojó definitivamente en la cabeza de Rubén y su grito alarmó a ambas mujeres. El hombre cayó al suelo arrodillado.

Daniela se acercó a él y lo tomó por los brazos, tratando de levantarlo, sin embargo, era demasiado pesado para ella.

— ¡Eres una imbécil! —gritó Rubén, mientras se levantaba furioso. Estaba completamente fuera de sí.

— Entonces, ¿Es verdad? —preguntó Mónica, muy asombrada.

— ¡Qué puedo decirte, ya no puedo seguir ocultándolo! —Rubén comenzó a pasearse de un lado a otro, con las manos en la cabeza.

— Pero ¡Cómo pudiste!

— ¡Sentí necesidad de vivir algo nuevo, y con una mujer más joven! Hace mucho que nuestra cama sólo sirve para dormir.

— ¡Por Dios! —Mónica estaba absolutamente asombrada. Se dejó caer en una silla y comenzó a sollozar.

— ¡Ya, no empieces con lloriqueos! —gritó Rubén— ¡Tú también tienes parte de culpa en esto!

— ¡Maldito, vete!

— ¡Por supuesto que no lo haré!, ¡Esta también es mi casa!

— ¡Papá, ándate por favor!

Fue entonces cuando algo estalló al interior de la mente de Rubén. Algo que por muchos años había permanecido oculto. Su violenta personalidad. Aquella de la cual había tratado de librarse de niño, acababa de regresar.

— ¡Eres una estúpida! —gritó. Empujó a su hija con fuerza, y ésta, salió despedida hacia atrás. Cayó violentamente sobre el sofá. El fuerte golpe le hizo soltar un quejido.

— ¡Déjala imbécil!

Mónica, se lanzó sobre él, mientras comenzaba a darle manotazos. Pero su fuerza lógicamente superaba a la de Mónica, por lo que fue fácil tirarla al suelo. Luego, comenzó a lanzar todas las cosas por los aires. La mesa de centro salió volando y se estrelló con la biblioteca que él mismo había construido. Los vidrios cayeron al suelo, hecho añicos. Sacó los libros y los fue lanzando uno a uno por el aire.

De pronto, miró a su hija y esposa con una sonrisa endemoniada. Se dirigió a la puerta, la abrió, y antes de irse, sentenció:

— ¡Váyanse a la mierda! ¡Esto no quedará así!

Era muy temprano cuando Valentina entró al establecimiento educacional y se sorprendió de ver la gran cantidad de jóvenes que se encontraban en el interior. Algunos buscaban las salas en que tendrían que dar la Prueba de Aptitud, mientras otros tomaban helado y otros fumaban, conversando de diversos temas.

Al mirar hacia un costado, divisó a sus dos amigas sentadas en el pasto. Kathy le hacía señas para que se acercara. Caminó hasta ellas y las saludó, una por una.

— ¿Qué te ocurre? —le preguntó a Daniela, al ver que ésta tenía una expresión de tristeza en su rostro.

Ella la miró como dudando un poco en hablar.

— Descubrí a mi papá engañando a mi mamá. Lo vi con otra mujer.

— ¡Mierda!

— Por eso estoy así. Mi papá se fue de la casa.

— De más, tomando en cuenta que adoras a tu viejo.

— ¡Se nos cayó del altar el tío! —exclamó Kathy, intentando hacer una broma. Pero vio que nadie más se reía—. Lo siento —agregó.

— Tranquila. Tienes razón, tenía a mi viejo en un altar. Lo consideraba lo máximo y ahora lo aborrezco. Jamás lo voy a perdonar por lo que le hizo a mi mamá y a mí. De verdad que nunca lo haré.

— No digas eso —señaló Valentina.

— Pero es lo que siento. Y no he podido dejar de pensar en esta mierda. Dudo mucho que me pueda ir bien en la Prueba.

— Trata de tirar pa' arriba —dijo Kathy—, por lo menos estos tres días de prueba. Es tu futuro, concéntrate pa' que te vaya bien.

— Por el momento no veo futuro, no veo nada, pero filo ¿Han visto a Camila?

— Parece que se atrasó —dijo Kathy— Pero es raro. Siempre ha sido

“doña puntualidad”.

El timbre de la escuela sonó indicando que los jóvenes debían entrar a sus salas respectivas. Las muchachas se separaron con un beso y un ánimo, y luego se dirigieron a la sala en que les tocaba.

Ya era entrada la noche cuando Alfredo Cruz encendió la última vela y se sintió satisfecho. Había estado preparando un ambiente acogedor durante todo el día. Puso un disco que, si bien no le agradaba del todo, sabía que a Valentina le encantaría. Al final el objetivo era agradarle desde el principio a la muchacha, para luego tan sólo esperar que se entregara a él y pudiera hacerla suya salvajemente. Tal como lo deseaba desde el primer día en que la vio. Aquellos senos lo volvían loco, y si bien sus caderas no eran tan anchas como a él le gustaban, Valentina tenía un cuerpo que hace rato quería tener desnudo ante él, y así explorarla completa.

Uff, como deseaba estar dentro de aquella muchacha. Lo tenía loco. Y hasta ahora había sido paciente en esperar que la joven fuera lentamente accediendo. Pero aún no lograba su propósito final. El premio gordo.

Esta noche sería de él. Eso lo daba por hecho. Y si no accedía, tendría que ser entonces a la fuerza. No le quedaría otra. Pero estaba seguro de que eso no pasaría, ella estaba loca por él. Era un poco lenta, pero sabía que caería. Se había demorado más que las otras, y tal vez por eso le gustaba. Porque no era fácil. Era un desafío mayor, y cuando estuviera en su interior, el placer sería mucho más, pues el premio habría valido el esfuerzo.

El timbre sonó.

Al abrir la puerta sintió la erección entre sus piernas. Valentina se veía exquisita. Llevaba unos jeans negros ajustados y una blusa de color gris. El pelo tomado en una cola.

— Hola —dijo ella.

Él le dio un beso en los labios, y la abrazó, evitando apretarla mucho para que no sintiera la dureza entre sus piernas. Al menos no por

ahora.

Comieron el sushi que la joven había comprado. Lo acompañaron con cerveza. Al rato cuando él ya comenzaba a desesperarse, Valentina se levantó del sillón y le pidió que bailaran.

— Me encanta este tema de Pearl Jam.

El accedió. Sus cuerpos comenzaron a moverse al ritmo lento de la música.

Alfredo no podía resistirlo más. Debía atacar ahora sin más preámbulo, aunque fuera a la fuerza, Valentina sería de él. Pero no fue necesario llegar a ese extremo. Así lo entendió cuando pudo ver que los pezones de la joven se agrandaban, sin que la blusa pudiera disimularlo.

Se excitó inmediatamente. Dio un apasionado beso a Valentina y comenzó a besar lentamente su cuello. No lo pudo creer cuando sintió la mano de ella en su entrepierna. ¿Se lo estaba acariciando? Sabía que esto ya no se detendría, así que con seguridad le quitó la blusa. La besó en el cuello nuevamente. Segundos después le quitó el sostén. Acarició sus senos y ella gimió. Cuando los chupó, la joven lanzó una suave e increíble exclamación.

Valentina le quitó el botón y bajó el cierre de su pantalón. Acarició, primero suave, luego apretó fuerte. Volvió a mover su mano arriba y abajo.

La joven le tomó la mano y se la llevó entre las piernas.

— Hazme lo mismo.

Alfredo sonrió. La acarició un rato y luego la empujó lentamente hacia abajo. No podía esperar más.

Recostados en la alfombra, no pudo evitarlo y le desgarró la blusa. Algunos botones saltaron lejos. Ella abrió los ojos un tanto asustada, pero se entregó nuevamente.

Le quitó apresuradamente los jeans y su ropa interior. No esperó más. Deslizarse dentro de ella fue algo exquisito, que no había imaginado de esa forma.

Se movieron juntos, a veces lento, a veces torpemente. Luego muy rápido. El sobre ella. Con sus piernas alrededor. Se usaron mutuamente. Valentina tuvo su primer orgasmo casi de manera instantánea. Alfredo sintió las uñas clavadas en su espalda y decidió que no se alejaría tan pronto de ella. Lo volvía loco y ahora mucho más.

Había creído que Valentina con suerte sabría hacerlo y en esos momentos se movía de manera exquisita. Un segundo orgasmo con grito incluido, le confirmó que aquella joven un tanto introvertida y de bajo perfil, guardaba en su interior a la más ardiente y salvaje de las mujeres que había conocido.

Cuando ella se sentó sobre él, y se movió tan rápido como pudo, no aguantó más. Hubiese querido alargar el momento, pero comenzó a temblar y sin poder evitarlo se dejó llevar hasta sentir que saltaba hacia un abismo, explotando dentro de ella. Ella sacudió las caderas hacia adelante y atrás, más y más.

Ya a punto de terminar por tercera vez, ella gritó y cayó rendida sobre su cuerpo. Le mordió el hombro.

— ¿Cuántas veces te fuiste? —le preguntó, segundos después, aun tratando de calmarse.

— No deberías preguntarme eso— dijo ella.

— ¿Por qué no? Me tienes sorprendido

— Bueno, te propongo que lo descubras en la próxima ronda. Alfredo sonrió.